

VICTORIO DE ANASAGASTI

México

◆ reconquista
sus libertades

Desafueros de los españoles

El código de Indias

Extralimitaciones del clero

Lucha de fanatismos

Violadores de la Constitución

Vecindad peligrosa

Egoísmo de las clases ricas

El problema agrario

Prensa cobarde y asalariada

Necesidad de la revolución

México busca el equilibrio social

Carranza hijo de Cornelia

México en el porvenir



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ARTES GRÁFICAS
FUENCARRAL, 137 - TELÉFONO 1485 - MADRID

MÉXICO
RECONQUISTA SUS LIBERTADES

Victorio de Anasagasti.

MÉXICO

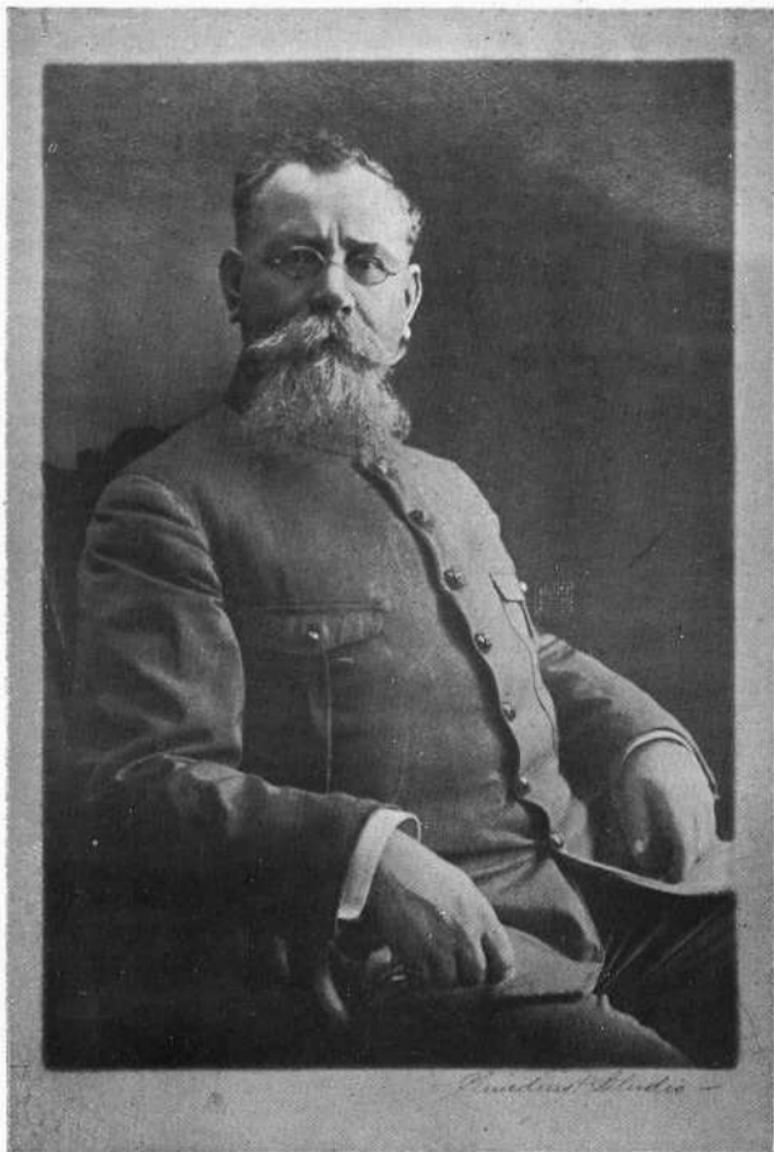
RECONQUISTA SUS LIBERTADES



MADRID

Imprenta Alemana. - Fuencarral, 137

1918



Hearsey

DEDICATORIA

Á D. VENUSTIANO CARRANZA

ESPAÑA, LA DESGRACIADA ESPAÑA, LA ESPAÑA
DIGNA DE MEJOR SUERTE, NUNCA HA SIDO EN-
VIDIOSA.

HOY, SIN EMBARGO, ¡CUÁNTO DARÍA POR SER
ENVIDIADA, TENIENDO UN HOMBRE DE VUESTRA
FE, DE VUESTRO TALENTO, DE VUESTRO VIGOR!

VICTORIO DE AÑASAGASTI

¡Paz!

SUMARIO

México, hija predilecta de España.—Lo que quiere México.—Finalidad de la revolución constitucionalista.—La guerra europea.—El problema que resuelve México interesa á España.

¡PAZ!

Y ¿por qué desconfiaremos que los dioses, que han permitido victoria á sus robos, la nieguen á nuestra santa restitución?

Quevedo.

Aquel hermoso país, que al Norte limita con los Estados Unidos, y al Sur confina con Guatemala; aquella gigante loma que elévase entre el Atlántico y el Pacífico—los dos grandes océanos—, que unas veces intentan demoler sus flancos y otras veces los engalanan de bullente festón de espuma; aquel país, que á despecho de cuantos quisieron verlo asolado, siempre será uno de los más importantes del hemisferio de Occidente; aquel país, que posee tan diferentes formas de terreno y tan variados climas; fértil y rico, abundante en metales preciosos y exuberante en sus productos vegetales; México, la tierra del Continente americano más semejante á España; que á España debe el haber salido de las tinieblas en que yacía, para entrar á formar parte de la humana sociedad, trocando su vida salvaje por la de los pueblos civilizados; México, la hija mayor y la predilecta de España; la que mejor ha conservado los lazos de la sangre y de la iden-

tividad espiritual; la que, en un momento de turbulencia en la metrópoli, en un momento en que faltó el fuerte y necesario poder central, abandonó la tutela y se emancipó; México, el primer pueblo civilizado del Nuevo Mundo; el que heredó, con la sangre de sus colonizadores, la fe, las costumbres, el idioma, las artes, las ciencias, la agricultura y el comercio—todos los elementos de la civilización española y que constituyeron la base de su nacionalidad—; México, denominada desde sus albores con el cariñoso apelativo de Nueva España; que estuvo en contacto con la metrópoli por medio de flotas y armadas que allí llevaban los artículos más indispensables, y desde los primeros días del siglo XVI, por medio de galeones, que partían de Sevilla (1) y tocaban en Veracruz; México, el pueblo con el que España unió del todo su suerte, también se hallaba, como otras naciones europeas, en un período crítico de su vida.

Pero la guerra mexicana—ya sofocada, felizmente—no tuvo ninguna semejanza con la de Europa;

(1) Los Reyes Católicos dictaron en Alcalá de Henares, en 20 de Enero de 1503 una ordenación, estableciendo el puerto de Sevilla como el único para el despacho de las naves á América.

Veintiséis años después, en 15 de Enero de 1529, el Emperador Carlos V abrió á la contratación los puertos de Bayona, Coruña, Avilés, Laredo, Bilbao, San Sebastián, Cádiz, Málaga y Cartagena; pero Sevilla y Cádiz siguieron monopolizando el comercio, hasta que Carlos III, en 12 de Octubre de 1778 dictó su *Pragmática del comercio libre*, quedando habilitados para comerciar con el Nuevo Mundo los principales puertos españoles y de las colonias, abriéndose el tráfico marítimo.

ésta es producto del miedo, del miedo que se tenían unas á otras las naciones; miedo que las llevó á acometerse, antes de ser atacadas; y aquélla, la de México, engendró la dignidad de un pueblo que no quería desaparecer, víctima de los muchos enemigos de la civilización, que le llevaban al desastre.

México quiso regenerarse por medio de la revolución; libertar á las clases bajas de la esclavitud en que han permanecido mucho tiempo; mejorar las condiciones económicas y sociales de las mismas; destruir para siempre los efectos de la codicia clerical—aunque su influencia política ya recibió el golpe mortal con la labor de Juárez y los Reformadores—; destruir para siempre los efectos de la ambición capitalista, de la soberbia militarista, de la dictadura, que mansamente fueron debilitándolo.

No se entienda que México perdiera sus derechos, ni su nacionalidad, como acaso suceda á Europa, no. México quiere recobrar su poderío; entrar en el progreso y en la prosperidad, dando una lección á la vieja Europa. Y no quiere que las arbitrariedades y las injusticias de los dictadores ahoguen toda señal de vida.

España, por las razones expuestas, y por otras de índole comercial, no puede permanecer indiferente ante el problema mexicano; aunque el miedo también á verse enzarzada en la contienda europea, distraiga su atención en estos momentos.

Esta es la razón principal por la que los Poderes públicos y la Prensa española no dedican al

país mexicano y á la revolución constitucionalista el merecido exámen.

Sin embargo, no puede negarse que España mira por su hija—sin hacer caso de las informaciones tendenciosas que llegan por caminos indirectos—como miró siempre; con más interés que por ella misma; con el interés que puso en otros días, para que cuanto antes entrase México en posesión de los goces y ventajas de la vida social.

Ya no piensa que la hija abandonó la tutela y se emancipó de la madre, si no es para disculparla, y mira el grave problema de México como si fuera el suyo propio, con la esperanza puesta en el heroico paladín de la revolución, que logró aplastar la dictadura militar y ahora se ocupa en la reconstitución nacional.

España quiere que México recobre vida propia, independiente y grande; y aunque un día creyó ó sospechó que la hija había olvidado, quizás con ligereza, las lecciones de humanidad y sabiduría que la había dado, no quiere que caiga en el viejo régimen; no quiere que las revoluciones se sucedan para satisfacer ambiciones personales y ruines; porque ella sabe muy bien cómo la dejaron las luchas fratricidas, y no quiere—madre amantísima—que se desmorone el grandioso edificio de la autonomía mexicana.

España, dolorosamente escarmentada, sabe que la revolución es necesaria cuando trata, como la de México, de cercenar el egoísmo de las clases ricas,

de buscar el equilibrio social, de recobrar la dignidad económica; pero desea que el malestar, la crisis, acabe pronto, para que el sol de la paz derrame sobre su hija predilecta los goces de la civilización. Ese mismo deseo la hizo ser la primera de las naciones de este Continente en reconocer al Gobierno constitucionalista.

Ya no hay duda de que ese benéfico sol ha empezado á tender sus rayos de aliento, de vigor y de lozanía sobre el horizonte mexicano. Mientras tanto, Europa vive en noche tenebrosa, aunque habló de deponer las armas, obligada por la situación, por la falta de hombres, de material guerrero, por las justas protestas de los pueblos—cansados, desengañados, exhaustos—, que han comprendido la necedad, la sinrazón, la inutilidad de sus locos empeños.

Para Europa, achacosa y chocha, no había otra guerra que la suya; como lo demostró cuando al tratar de buscar la paz, para nada hizo mención de la mexicana.

Sin duda comprendió que en México había una razón poderosa para luchar, y que donde hay razón, hay fuerza para llegar al fin deseado; es decir, que México se bastaba para no dar lugar á que se le perdiera el respeto.

Y no obstante la omisión ó el olvido en que le tuvo Europa, ved el alto ejemplo que desde el sitial de su magistratura lanzó á todas las naciones el gran patricio, el heroico caudillo, Carranza, el

hombre escogido que supo dar á su pueblo la paz, la libertad, la vida.

Nos referimos al primer acto de su Gobierno, que la Historia habrá de recoger en sus fastos, como señal de un pueblo que logró la reivindicación de sus derechos. Tal es la nota pacifista que, inspirado en los más altos sentimientos humanitarios, envió á todas las naciones neutrales, y en la que dice que la guerra europea, que debió haber sido aislada—como se aísla un gran incendio ó una gran plaga—, ha estado alimentada por todos los países neutrales, que prestaron su dinero, sus municiones y sus víveres.

Para Carranza no cabe duda que el mal se hubiera sofocado pronto—¡y bien sabe Dios que está en lo cierto!—sin ese contingente que los pueblos no enzarzados en el conflicto, prestaban á los beligerantes, y denuncia ante la Historia la responsabilidad enorme que les alcanza.

México, que luchó heroicamente por reconquistar sus libertades; que arde en fiebre de transformación y de desarrollo en todos los órdenes de su vida, es un pueblo joven, brioso, que se impone á los viejos, á los debilitados y viciosos.

México—pese á quien pese—es la nación de los futuros destinos de la Humanidad, y Carranza el apóstol, el caudillo, el galeno, el hombre moderno, de sano espíritu, á quien deberá su engrandecimiento.

España en México.

SUMARIO

Gobierno de las colonias con las mismas condiciones establecidas para la metrópoli.—El Código de Yndias.—Envidias que suscitó España con el descubrimiento de América.—Lo que hicieron nuestros monarcas.—El protector de los indios. — El Consejo de Yndias. — El juicio de residencia. — España preparó á sus colonias para la emancipación.—Isabel la Católica.—Decadencia de España.

ESPAÑA EN MÉXICO

... y los que no llevan ese intento, van vencidos de la codicia. ¡Ved qué valientes! A robar oro y á inquietar los pueblos apartados, á quienes Dios puso como defensa á nuestra ambición, mares en medio y montañas ásperas.

Quevedo.

Antaño...

España hizo cuanto le fué posible para que no explotasen al indio mexicano; para que con su explotación no se acumulasen por algunos grandes riquezas.

No fué México, como alguien ha dicho, un pueblo de conquista, sino una parte integrante de la Monarquía española; un territorio agregado al nuestro, y que era gobernado allende los mares con las mismas condiciones aquí establecidas; un pueblo con el que nuestra nación se engrandeció más que con el descubrimiento de tierras, que hacían del imperio español el más vasto del orbe, considerando á los indios súbditos libres de la Corona de Castilla.

Ahí está el código dictado para regir aquellas provincias ultramarinas, y que es el más sabio, el

más humano de cuantos se han publicado para colonia alguna.

Pero la envidia y la malquerencia de algunos países europeos, que primero miraron atónitos el descubrimiento de Colón y luego trataron de explotar para sí lo que no les pertenecía, consiguieron afear las inmarcesibles glorias de España, burlándose de sus humanitarios sentimientos y de los rasgos de caridad evangélica, que sólo nuestros monarcas habían dado.

Y aunque los hechos están suficientemente esclarecidos, vive en algunas de aquellas regiones, y en no pocos corazones, un odio latente hacia España, y en otros, una antipatía ó un desdén que no saben ó no quieren disimular, y que se exteriorizan á cada paso y por el motivo más fútil.

Tal es el fruto de las campañas de los países europeos envidiosos de España; campañas que no cesaron hasta que vieron perdida la soberanía de España en las colonias.

No obstante, España, que con cariño maternal acogió bajo su manto y despertó á aquel pueblo hasta entonces ignorado, trabaja hoy por conservar la unión espiritual y material con América, como trabajó en otros días.

*
*
*

Nuestros Reyes enviaron á las colonias hombres doctos, artistas y labradores que propagaron

la ciencia, las artes y la agricultura: no como Francia é Inglaterra, que llevaron criminales y gente perdida para dar impulso á la población.

Nuestros Reyes facilitaron la emigración, ofreciendo premios y pasaje gratuito, la exención de impuestos, la plena propiedad de las tierras que cultivasen, los granos y los animales domésticos que necesitasen.

Nuestros Reyes otorgaron á las poblaciones que se fundaban, los privilegios de los antiguos municipios españoles.

Sofocaron—dentro de las trabas que ponía la distancia—, las ambiciosas pretensiones de los conquistadores, y quitaron las encomiendas á los que habían abusado, infringiendo las condiciones con que fueron hechas; para que no se convirtiera en oligarquía basada en la fuerza bruta, la democrática organización de aquella naciente sociedad, malográndose los esfuerzos de conquistadores y misioneros.

Mandaron respetar las costumbres locales de los indígenas, á quienes consideraban investidos de iguales derechos que los demás ciudadanos, y dignos de ejercer el sacerdocio.

Establecieron, en el territorio de cada Audiencia, un funcionario llamado *protector de los indios*, para evitar que fuesen oprimidos ó molestados injustamente, y organizaron la administración de justicia, civil y criminal.

¿Quién se atreve á decir que la libertad concedi-

da á los indios por los Reyes Católicos era más bien nominal ó ficticia que verdadera, porque los pobladores y los soldados se servían de los pobres indios como si fuesen cautivos?

Si los españoles, convertidos en tiranos, empleaban á los indios en el transporte de cargas, en el laboreo de las minas y en el cultivo de las tierras, los Reyes—en contra de lo que pretendían los conquistadores, que proponían se les redujera á esclavitud—, decretaron que se declarase su libertad, después de la conquista, y que se emancipase á los que habían sido esclavizados; crearon el Consejo de Yndias y ordenaron que al ser relevados los gobernadores y siempre que lo creyesen necesario, se les sujetase á un juicio de residencia—del que no se salvó ni Hernán Cortés—, por cuya virtud podían querellarse ante la nueva autoridad cuantos se creyesen agraviados, obligando á los gobernadores, si se probaba la injusticia, á la indemnización correspondiente, y castigándoles en la proporción debida.

Hicieron, en una palabra, más de lo que buena mente les era dado hacer, y, como se ha dicho repetidas veces, España trabajó, deliberada ó inadvertidamente—yo creo que deliberadamente—, para que cuanto antes se bastasen á sí mismos aquellos pueblos y se emancipasen, figurando como Estados independientes.

Recordemos también que dictaron leyes ordenando que se pagase á los indios un salario propor-

cionado á los trabajos que prestasen, y que fundaron Cajas destinadas á aliviar la situación de los viejos y de los incapacitados para el trabajo.

*
* *

¿Qué pueblo hizo otro tanto? ¿Qué otra nación europea dió tan elevadas muestras de humanidad?

Hernán Cortés encontró en México un imperio despótico, unas costumbres feroces, que tenían al pueblo abyecto y mísero, con prácticas horribles, como los sacrificios humanos y la antropofagia; y él y cuantos con él iban, tuvieron que empezar por aprender la lengua de los naturales, ó enseñarles la española, para poderse entender.

Jamás España, como otros países europeos, juzgó y trató como bestias á los indios, exterminándolos cuando se rebelaban contra el yugo que trataban de imponerles.

Jamás creyó que los indios fueran de especie inferior y próxima á la de los irracionales; al contrario, los creyó capaces de razón, capaces de vivir en sociedad y de aprender las más útiles artes de los civilizados; capaces de los derechos y deberes inherentes al hombre.

Cuando Isabel la Católica tuvo noticia de los repartimientos de indios que Colón había hecho entre los españoles, exclamó:

—¿Quién ha autorizado á Colón para repartir mis vasallos con nadie?

Ella, en fin, la magnánima Isabel, monumento de amor patrio, fué la principal y más decidida defensora de los indios, á quienes quería que se les tratase con humanidad y se les atrajese al cristianismo y á la civilización con dádivas y con halagos; ella inauguró el sistema de amor y templanza con que los reyes sus sucesores siguieron gobernando las Indias, y ella, con labio ya expirante, dictó estas palabras, interesando á su esposo é hijos el estricto cumplimiento:

—Que no consientan ni den lugar á que los indios y moradores de las dichas islas y Tierra Firme, ganada é por ganar, resciban agravio alguno en sus personas y bienes: mas manden que sean bien y justamente tratados.

*
*
*

La protección que España dispensó á los indios, no podía ser más paternal ni más ilimitada; porque no se inspiró en otro deseo que en el de hacerles felices.

Más tarde, el cúmulo de reveses que padeció nuestra nación, fué indicio claro del desprestigio en que había caído. Los últimos monarcas de la Casa de Austria no tenían el genio de aquellos otros que habían conquistado y colonizado un mundo.

El Tesoro quedó exhausto; las necesidades eran muchas, y los virreyes estrujaban al indio y al con-

tribuyente para enviar el dinero que se les pedía; se paralizó el comercio, decayeron las industrias, disminuyó la población...

Los Estados de origen hispano fraguaban conspiraciones, para alcanzar su autonomía; las audacias de los corsarios franceses, ingleses y holandeses, las incursiones de piratas, las intrigas, los choques entre autoridades, los robos, los incendios, los contratiempos que á España sobrevinieron, y que allí llegaban abultados y falseados, produjeron tal cambio en la opinión—que había contribuído con cuantiosos donativos á los gastos de la guerra—, que empezó á desmoronarse el edificio del imperio español en América.

Ese fomento de emancipación, unido al grado de fuerza y á la cultura que, merced á su propia actividad y al sabio gobierno de la metrópoli, habían alcanzado los criollos y mestizos de aquellas regiones, les hizo considerar como una tiranía el lazo de unión á la tierra de sus mayores.

Las revoluciones se sucedían.

España había perdido por completo su gran fuerza moral.

Los españoles...

Necesidad de la revolución.

SUMARIO

En España se repite el caso de Roma.—Lucha de fanatismos.—Objeto y fin de la colonización.—La codicia sembró América de aventureros.—El Gobierno de la metrópoli hizo cuanto pudo en favor del indio, pero fué ineficaz para combatir los abusos.—El pueblo, vencido, fué reducido á la esclavitud.—La impunidad favorecida por las trabas de la distancia.—México en pos de su libertad. Enemigos del bien común.—Santidad de la revolución.

NECESIDAD DE LA REVOLUCION

Los romanos, desde el pequeño círculo de un surco, que no cabía medio celemin de siembra, se engulleron todas sus vecindades, y derramando su cudicia, pusieron á todo el mundo debajo del yugo de su primer arado; y como sea cierto que quien se vierte se desperdicia tanto como se extiende, luego que tuvieron mucho que perder, empezaron á perder mucho; porque la ambición llega para adquirir más allá de donde alcanza la fuerza para conservar.

Quevedo.

Las muchas y relativamente fáciles conquistas que llevó á cabo Roma en el siglo II, antes de Cristo, por las que se adueñó de casi todos los pueblos que baña el Mediterráneo, cambiaron su condición.

Roma se hizo intolerable en su soberbia, despótica y tirana. La acumulación de riquezas le llevó al vicio, á la corrupción, á la decadencia, y las conquistas que originaron su grandeza, originaron también su ruina.

En una palabra, Roma no pensó en gobernar á los pueblos vencidos, sino en explotarlos.

Algo semejante ocurrió á España.

Con las conquistas hechas por Colón y por las que habían añadido otros exploradores que siguie-

ron sus pasos, España vió acrecentados sus dominios, hasta el punto de ser el imperio más poderoso del mundo en el siglo XVI. ¡Suprema grandeza de la Monarquía española que provocó las envidias de toda Europa!

Pero España, como antes Roma, no supo gobernar á los pueblos que había añadido á su Corona, y se dedicó, también como Roma, á explotarlos...

Ya en el siglo XVII comienza á perder su influencia política: la acumulación de riquezas trae la relajación de costumbres, y las conquistas, que labraron su grandeza, labran también su caída.

*
*
*

¿Que los españoles cometieron en aquellos nuevos países muchos desafueros?

Indudablemente; nadie lo ha negado, ni aun el historiador más imparcial y patriota, el que más persuadido estaba de que los españoles habían sido elegidos para cumplir una misión providencial en América...

Así lo reconocieron nuestros reyes y los preladados y misioneros allí enviados; los descubridores, los capitanes y los virreyes: como lo prueban las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés; la *Historia de las Yndias*, del gran fray Bartolomé de las Casas; la *Verdadera historia de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz; la *Instrucción pública en México durante el siglo XVI*, de Icazbalceta, con

otras muchas debidas á Cieza de León, á Francisco de Jerez, á Zárate, á Mendieta, á Herrera, á Alvar Núñez Cabeza de Vaca, á Solís y á los extranjeros Humboldt, P. Nuix, Groot, etc.

Los españoles, siguiendo el mal ejemplo de Hernán Cortés, entraban en México destrozando los ídolos, derribando los templos, mofándose de los dioses de los indígenas...

¡No reparaban en el crimen horrendo que implicaba aquel arrasarse sin freno ni medida; ni en el inmenso perjuicio que ocasionaban á la Ciencia y á la Historia!

Como era natural, aquellos desafueros, hijos de la intolerancia, rebelaron á los naturales, quienes, heridos en sus creencias y viendo perdidas sus tradicionales costumbres, dirigieron sus odios contra los invasores, particularmente contra los misioneros, á los que exterminaban siempre que podían.

Fanáticos los indios, no querían renegar de sus ídolos; más fanáticos los españoles, tiranizaban á los indios para convertirlos.

¿Para convertirlos?...

Eso se ha dicho y se ha escrito siempre.

Pero ¿tenían razón los pobres indios en dudar de la eficacia con que los españoles se dedicaban á cristianarles, cuando veían que la realización de sus tentadoras ambiciones estaba en poca consonancia con las doctrinas que predicaban?

Reconozcamos sinceramente que más que la conversión de los indios, fué la codicia lo que arrastró

á los españoles desde el primer día de la colonización; lo mismo á los descubridores, que á los misioneros; á las autoridades, que á los colonos.

Cierto es, muy cierto, que muchos que blasonaban de caballeros y de católicos, hollaron frecuentemente los fueros más sagrados de humanidad; acaso porque vieron al indio humilde, sencillo, sufrido y paciente; tal vez obsesionados por el mundo no soñado de riquezas que veían abrirse ante sus espantados ojos.

Los españoles, soldados en su gran mayoría, ignorantes y rudos, se dedicaban á la inicua explotación de las grandes riquezas que atesoraba México. Eran hombres sin conciencia ó poco escrupulosos, que no obedecían á otros impulsos que á los de su codicia y su crueldad; despojaban y destronaban á los reyes y caciques de los indios; robábanles haciendas y mujeres, y sometían á los hombres, para que les sirvieran de esclavos, de burros de carga.

Sí; infinitos fueron los que á costa de grandes riesgos y penalidades pasaron á civilizar el Nuevo Mundo; pero también fueron infinitos los tiranos; aunque conviene recordar el hecho providencial de que allí mismo fueran sentenciados á muerte muchos de ellos, y que tuvieran por sepulcro los vientres de los mismos indios.

Así acabaron Carvajal, el mariscal Robledo, el gobernador Roque Martín, el comendador Rodríguez de Sosa, García de Tovar, Baltasar de Ledesma y otros, que—según el historiador Cieza de

León, acaso el más veraz de todos y que narró hechos por él mismo presenciados—, ninguno de los que fueron crueles con los indios, dejaron de recibir el castigo conforme al delito cometido.

Grandes han sido los beneficios de la civilización que dió España á aquellos países; tan grandes, que comparados con ellos los desafueros de los hombres sin conciencia, éstos resultan un Manzanares y aquéllos el Océano; según palabras de un español de nuestros días, que no da buen empleo á los ojos y al raciocinio.

Reconozcamos—ya que en los platillos de la balanza, la crítica serena contrapesa las glorias y los desaciertos—que España vivió del pillaje, del robo, del exterminio, de la explotación en provecho propio que ejerció en América durante más de dos siglos.

*
**

¿Cómo civilizar un pueblo empezando por no respetar sus tradiciones, su vida, su propiedad?

Nada tiene de sorprendente que el inhumano proceder del invasor llevase á los indios á la desesperación; nada tiene de extraño que defendieran ó trataran de defender sus bienes, como defendían sus vidas.

España fulminaba anatemas, escandalizada por los crímenes; pero los españoles olvidaban que España no consintió en abdicar su jurisdicción en provecho de nadie; que no firmó concesiones en favor

de sociedades privilegiadas; que declaró inalienable la jurisdicción Real de las Yndias; que la conversión de aquellos habitantes debía ser pacífica, predicando suave y amorosamente el Evangelio, como Cristo dejó establecido y mandado; que impuso la pena de muerte á los que intentasen esclavizar á los indios...

Mas ¡ay! A pesar de los esfuerzos que hacía la metrópoli, el armamento que llevaban, la simplicidad y docilidad del indio, contribuyeron á la feroz explotación, á la infame opresión y servidumbre, á las matanzas horribles, al suplicio de reyes y señores, al despojo de sus bienes y á la desolación que, contra todo derecho, hicieron los españoles.

¿Tenían disculpa esas crueldades?

No; y como no la tenían, hubo que inventarla.

Los indios, los bondadosos indios, aquellos de quienes el mismo Cristóbal Colón escribía

en el mundo creo que no hay mejor gente,

se trocaron de pronto en seres de indomable ferocidad, en antropófagos, en sodomitas... Constituían una verdadera calamidad, un constante peligro, y ¡no había otro remedio que reducirles á la esclavitud!

Y la esclavitud se les impuso; mas no sólo á los caribes y á los relapsos, que por sus crímenes eran considerados como un peligro social; sino á todos.

Pero tanto se abusó, que el Pontífice Paulo III

ordenó en una bula que los indios fueran tratados como hombres libres, y no como siervos.

Entonces, el emperador emancipó á los que habían sido esclavizados.

*
**

Todo era inútil.

¡La ambición podía más que los reyes y sus leyes!...

¿Quién podía sofocarla, dada la impunidad que la distancia y las difíciles comunicaciones le daba? ¿Acaso no estamos viendo hoy mismo que las aplicaciones del progreso á la navegación y á la trasmisión de la palabra, no pueden borrar el abismo oceánico que nos separa del Nuevo Mando? ¿No lamentamos, frecuentemente, la falta de un cable que nos ponga en comunicación directa con México, entre otras cosas, para no ser víctimas de la falsedad con que llegan á nosotros las noticias que de allí nos envían?

Urbina escribió á este propósito:

«En determinados momentos, la pasión y el interés se valen de esta circunstancia para deformar los hechos y presentarlos según conviene á los propósitos que persiguen. Es el juego de la mentira indigna disfrazada de verdad alarmante. El cable le ha hecho á México, en los últimos tiempos, estas «malas jugadas». Son, por lo común, los intereses yanquis los que, unidos á los rencores políticos, abultan, exageran, inventan, á fin de lograr un movimiento en la opinión que muchas veces se resuelve

en una ganancia financiera. De aquí esa desorientación del público europeo interesado en la situación mexicana. Las noticias, generalmente transmitidas desde Nueva York, se contradicen con frecuencia, y hoy afirman lo que mañana han de negar.

Sin embargo, el que medite un poco acerca de los acontecimientos desarrollados en mi patria, podrá distinguir bien lo exacto de la inexacto, dentro de lo mismo contradictorio.»

Pues si esto sucede hoy, ¿de qué podían servir ante los obstáculos de la naturaleza, la finalidad de la colonización, la paternal solicitud de nuestros monarcas?

Dueños de la fuerza autoridades y colonos, se transformaron en propietarios de las tierras, y bajo su tiranía, en lucha feroz, los indios quedaron despojados y sin personalidad.

*
* *
*

En esa loca ambición que despertaron la riqueza y la fertilidad del suelo, está encerrado el origen del problema de México; problema que, como acabamos de ver, data desde los tiempos de la invasión, y que la Revolución constitucionalista ha resuelto de un modo definitivo.

Hoy, como ayer y como siempre, los mexicanos defienden su tierra y su independencia contra la codicia del aventurero, del extraño. La revolución pasó por su primer período de anarquía y violencias, de ruina y de sangre, y hoy se halla México en vías de fortalecimiento, de reconstrucción.

Nada tiene de particular; antes al contrario, es muy justo, que los que han sido esclavos en su propia casa durante más de tres siglos, quieran recobrar su libertad y sus bienes, escudados en su Constitución.

La Constitución mexicana proclama la libertad del trabajo; prohíbe los monopolios y concesiones exclusivas, y que se moleste á nadie en su persona, familia, domicilio y bienes. Sin embargo, se ha violado cuando ha parecido conveniente, para favorecer al corrompido poderoso, al clero corrompido y al corrompido militarismo, factores ó cómplices del déspota, á cuyo lado estaban siempre, fomentando las luchas políticas, religiosas y sociales.

El malestar social no podía permanecer oculto mucho tiempo, y en diferentes ocasiones se declaró en formas que fueron designadas con denigrantes apelativos.

México quería emanciparse; quería ser un pueblo liberal, no dominado por gobernantes divorciados del pueblo; no quiere vivir, como Avila y Sigüenza, en el siglo XIV, sino bajo una constitución democrática, á la que espera llegar evolucionando ordenadamente, y sin basarla en la fuerza de las armas.

El mexicano quiere que le devuelvan, que le restituyan la tierra, que es suya; que le dejen en su propia casa y con sus derechos los profanadores de la justicia y los que trampean con la ley.

Tiene razón.

Los que no la tienen son los que desean que México recobre la normalidad, aunque sea impuesta á viva fuerza, para su propio beneficio; sin cuidarse del bien común, del bien del pueblo, al que quisieran verle como siempre, privado de derechos y propiedades; privado de personalidad.

Entre éstos estamos nosotros, es decir, los españoles que allí formamos colonia, los que siempre nos hemos puesto en frente de la causa del pueblo; en frente de los ideales patrióticos de la revolución.

Siendo así—y no se puede negar que así es—¿a quién sorprende que Zapata dijera que si llegaba á ser presidente de la República, su primer acto de Gobierno sería la expulsión de todos los extranjeros con absoluta prohibición de volver?

¿Quiere decir esto que se avecinan nuevos males?

No; y si los hubiera, serían aislados, personales.

Quiere decir que México ha despertado del letargo en que ha vivido; que se da perfecta cuenta de sus derechos; que sabe que la revolución á que le han llevado las crueldades de unos y otros, es legal, es necesaria, es hermosa y es santa, porque es instrumento de que la Providencia se sirve para acabar con los usurpadores y con los déspotas.

Mano soberana marcó en el reloj de la vida de México la hora de su redención.

¡Ah, si España pudiera decir otro tanto!...

Los eternos enemigos.

SUMARIO

Origen de los males que padeció México. — Ley de vida de los pueblos. — México se renueva. — Dónde está el porvenir de la América latina. — Carranza llevará al pueblo á la victoria. — España mantuvo la dignidad nacional de México. — Las *Instrucciones* de los virreyes. — Causas que originaron los primeros alzamientos. — Los encomenderos. El militarismo. — Discordias entre autoridades. — Alzamiento en el Perú. — Conjuración de los hijos de Hernán Cortés. — Gobernantes modelos. — Virreyes que murieron pobres. — Misión del clero. — Varones heroicos. — Indisciplina del clero. — Extralimitaciones debidas á la ambición del clero y á sus ingerencias en asuntos políticos.

LOS ETERNOS ENEMIGOS

Quien por vivir queda esclavo, no sabe que la esclavitud no merece nombre de vida, y se deja morir de miedo de no dejarse matar.

Tenemos por honesto morir de nuestra enfermedad, y ¿rehusaremos morir de la que tiene nuestra república?

Quien no ve la hermosura que tiene el perder la vida por no perder la honra, ni tiene honra ni vida.

Quevedo.

México ha padecido muchos males, muchísimos, desde que empezó á vivir en la Historia: inundaciones, pestes, ciclones, terremotos, guerras interiores, guerras de invasión...

Pero todas estas calamidades no son tales, si se las compara con las que han traído á México á la actual situación. Y las causas vienen de muy lejos; de tan lejos que se pierden en la bruma del pasado.

¡Bien merece que sea rico y fértil, delicioso y envidiado! ¡Digno es de que goce por siempre de la tranquilidad de los pueblos concedores de sus derechos; de los pueblos cultos y florecientes!

¡Dichoso él, que tiene un hombre recto, amante del país, justiciero, sabio y enérgico, que se ha en

cargado de conducirlo por el camino de las santas libertades! ¡Un hombre que sabe que el que gobierna bien la ciudad que otros gobernaron mal, la gobierna y la restaura!

Si los pueblos desaparecen consumidos por la debilidad, por la ausencia de energías, por el desgaste que operaron sus vicios, también es cierto que cuando en su espíritu se hace la luz, cuando se dan cuenta de que son oprimidos, cuando ven que, como otros pueblos, también ellos son capaces de derechos, porque han llegado á una edad en que pueden andar y desarrollarse sin tutelas, empiezan por sacudir el yugo y acaban por recuperar su tierra y sus libertades.

Rige para los pueblos la misma ley de vida que para los individuos; tienen, como éstos, sus épocas de gestación y de nacimiento, de juventud, de máximo esplendor y de decadencia.

Cuando el Oriente agotó sus fuerzas y facultades, se hubiera estacionado la civilización, y la humanidad no hubiera tenido razón de ser, si otro pueblo, como Grecia, no recogiera la herencia y la desarrollara.

Esta renovación se operó después, por ley de necesidad, teniendo en Roma su continuación.

Las edades y las épocas de la vida de la humanidad, como las de la vida del hombre, engendran unas á otras, y existe entre ellas una filiación.

En la actualidad, á México corresponde la renovación: de su revolución depende el porvenir de la

América latina y la nueva fase de la civilización; todos sus derechos están pendientes del triunfo de la Revolución constitucionalista.

Los golpes y las heridas que durante siglos ha venido padeciendo México por parte de sus tres principales enemigos, cesaron en el punto y hora en que un verdadero patriota alzó la voz en Coahuila.

El capitalismo se levantó airado, y el clericalismo y el militarismo no quisieron reconocer la trascendencia de la revolución, precisamente porque veían—sin querer ver—, el fin de sus privilegios y de sus intereses.

Mas ahora que empieza á robustecerse su Gobierno, y con él la dignidad y los intereses del pueblo, aquellos golpes casi no molestan, y aquellas heridas entran en franca cicatrización.

Pero, ¿dónde tuvo su origen el mal? ¿Qué causas pudieron torcer el orden político, trastornar el problema económico y turbar la vida social, hasta el punto de hacer de México un pueblo extenuado por las injusticias, apartado del progreso humano, y que hubiera sucumbido para siempre sin el acto enérgico de Carranza, que hizo ver que había algo superior al poder de la fuerza, que podía llevar al pueblo á la victoria?

¿Habrà que ir á buscar la mala semilla en el fanatismo y en la ambición de los conquistadores, cuyas inhumanidades no se pueden describir? ¿Transmitirían el mal á sus descendientes, ó, por lo con-

trario, había sido un bien para los mexicanos la conquista española?

* * *

Digamos, en buena hora, que lo que los españoles ambiciosos y desaprensivos realizaron en las colonias americanas, no cae, ni puede caer, en desprestigio de España, y menos de su civilización.

España dictó sabias leyes, mandando que se cumplieran estrictamente; hizo cuanto pudo y debía hacer para colonizar pacífica y humanamente.

Si se estrellaron los designios de nuestros Reyes, las buenas disposiciones del Consejo de Yndias y el celo de casi todos los virreyes, la culpa no era de la metrópoli.

¿Quién es capaz de imputarla lo que ella misma reconoció, recriminó y reprobó? ¿No fué amante, justa y enérgica? ¿No estableció audiencias reales, gobernadores, concejos, tribunales eclesiásticos, militares y de hacienda, cuyas atribuciones estaban bien deslindadas, para precaver atropellos?

¿No miraba á las colonias como parte integrante de su territorio? ¿No concedía privilegios á los pobladores y á los que cultivaban las tierras? ¿No creó instituciones de enseñanza y de beneficencia? ¿No puso interés en adiestrar á los indios en los oficios, siendo, como eran, tan refractarios al trabajo?

España no mantuvo la ignorancia: estableció desde los tiempos de la colonización todas las in-

dustrias conocidas, y nadie mejor que ella para encargarse de esa misión educadora, porque ella—¡lo mismo que hoy!—iba á la cabeza de Europa en la ciencia, en las artes y en el comercio.

España dió lo que tenía. No hay, pues, por qué tacharla de ignorante, de egoísta, de atrasada, de intransigente...

Mientras los exploradores y navegantes nuestros descubrían casi toda la América, las Filipinas y otras islas del Grande Océano; mientras la civilizaban los misioneros, allí enviados á petición de Cortés y del primer virrey; mientras los colonos establecían fábricas y talleres; mientras se construían obras públicas á expensas de los Municipios, y de beneficencia á cargo de particulares, aunque subvencionadas por la Corona; mientras se llevaban á cabo obras hidráulicas, como el acueducto de Chapultepec á la capital, y se acometían empresas como la del desagüe de las lagunas que rodeaban la ciudad y cuyas inundaciones eran peligrosas; mientras nuestros artistas é industriales daban allí testimonio de inteligencia y laboriosidad, España sostuvo la dignidad nacional mexicana, manteniendo los cacicazgos y la aristocracia de los indígenas; mandando respetar sus prácticas supersticiosas; fundando Universidades que, desde 1553 gozaban de los mismos fueros y privilegios que las españolas, y aun las aventajaban en tolerancia.

Amantes del progreso los monarcas y los virreyes se aplicaban constantemente al fomento de la

instrucción, siendo secundados por las órdenes monásticas, que fundaban colegios gratuitos, y por no pocos particulares, que establecían centros de estudios superiores, para los que no contaban con medios para cursar facultades en la Universidad.

Para diez y seis millones de habitantes que contaba la América española á mediados del siglo XVIII, había 11 Universidades, 56 colegios de estudios superiores y gran número de Corporaciones literarias y científicas, en las que se daba enseñanza á blancos, indios y mestizos, que llegaron á jactarse de estar más adelantados que en España. Y no les faltaba razón.

¿Qué otra nación colonizó y civilizó un imperio tan vasto y en el poco tiempo que lo hizo España?

Ya que hemos hablado de los juicios de residencia á que se sometía á cuantos habían ejercido autoridad, conviene añadir que los virreyes, como para justificarse de los actos de su administración, redactaban unas *instrucciones* que legaban á sus sucesores, en las que relataban los hechos acaecidos durante su mando, las causas á que obedecían y las consecuencias que pudieran tener: así como las necesidades y los medios que creían más adecuados para remediarlas.

¿Qué otros gobernantes europeos de los que fueron al Nuevo Mundo, tuvieron esa previsión política?

Sin embargo, ya en tiempos de Mendoza, el primer virrey de México, los pobres y los descontentos, que eran muchos, se sublevaron...

Hubo otro alzamiento de indios en Yucatán, en 1562, provocado por el hambre, y siendo cosido á puñaladas el gobernador...

Más tarde, en 1616, volvieron á rebelarse en Tehuantepec, matando al alcalde.

Y en 1687, declarándose independientes...

¿Qué explicación tienen estos acontecimientos, si, como hemos convenido, estaba la colonia mejor regida que la metrópoli?

Los conquistadores fundaban pueblos sin la ayuda de la nación, nombrando los magistrados á su placer; y los Municipios llegaban á tener completa autonomía.

Los conquistadores, engreídos con sus victorias, no tenían reparo en desobedecer cuando les tenía cuenta; y los Municipios, enorgullecidos con su independencia, se convirtieron en elementos de perturbación.

Informaron á la reina Católica que los indios, huyendo del trabajo, dificultaban la empresa de su conversión; y consintió que se les obligase á trabajar, siempre que fuera con moderación y siendo bien retribuidos.

Esta disposición, mal interpretada, trajo muchos abusos.

El Gobierno español, para evitar la despoblación de aquellos países, repartió las tierras y las aldeas

de los indios entre españoles, llamándose *repartimientos* á estas adjudicaciones y *encomenderos* á los sujetos á quienes se las encomendaba. Aquí empezó la servidumbre de los indios.

De los términos municipales se distribuía una parte á los vecinos, según sus necesidades; reservándose la restante para ejidos y pastos, y quedando la jurisdicción municipal á cargo de los caciques, con ciertas restricciones.

De los abusos de los repartimientos y encomiendas vino el odio á los blancos y á su religión, y á los caudillos, que pretendían sojuzgar á los indios, no por la cultura—que no la tenían—sino á sangre y fuego...

Los encomenderos acordaron—lo mismo en México que en el Perú—, que pues el Rey les quería quitar las haciendas, ellos debían quitarle el reino... Y los terrenos más fértiles eran monopolizados por la corte, por la nobleza, por el clero, por los conquistadores y por los delegados del Poder central, que vejaban las provincias y las aniquilaban.

Esta repartición de tierras originó muchas injusticias y provocó grandes disturbios.

Los encomenderos creíanse en país conquistado y explotable; la Iglesia defendió á los oprimidos y pudo más que aquéllos—dicho sea para honra suya y de España—pero de aquí nació la animadversión del elemento militar, que no dejó de estar en acecho para satisfacer sus venganzas y recobrar la prepotencia que tuvo en la primera época.

El segundo virrey de México, Velazco, llevó, entre otras órdenes, la de *no consentir vejaciones de los españoles á los indios, y la de no tolerar extralimitaciones del clero, al que se prohibía que se metiera en jurisdicciones distintas á la suya* (1).

¡He ahí al capitalismo, al militarismo y al clero labrando las causas del mal que México ha venido padeciendo desde los primeros días de su nueva vida! ¡He ahí las causas del desprestigio en que cayó España, perdiendo su fuerza moral y su autoridad cultural! ¡He ahí á muchos hombres que blasonaban de católicos y de caballeros, de ser los primeros hidalgos de la tierra, hollando los fueros más sagrados de la humanidad!...

Conste, pues—ya que los hechos apuntados no pueden ser desmentidos—, que los primeros en andar discordes y en demostrar su indisciplina, fueron los mismos conquistadores; que el mal ejemplo partió de ellos, á causa de su desmedida ambición; aunque, como ya hemos repetido, lejos de hacerse solidario el Gobierno, castigaba los desmanes.

Cuando Cortés siguió su expedición hacia el Sur de México, llevando á Guatimocín y á los reyes de Tacuba y Texcoco, dió en sospechar que trataban de levantar á los indios por donde iban pasando, y los hizo ahorcar. (25 de Febrero de 1525). Pero el emperador Carlos V, condenó este acto y reprochó

(1) El P. Cavo: *Los tres siglos de México durante el gobierno español*, libro IV, cap. VII.

á Hernán Cortés, en un real rescripto. (2 de Octubre de 1525).

La Real Audiencia, que consintió que arraigasen muchos abusos, se hizo antipopular; el Consejo de Yndias, que vedaba molestar á los indios en sus creencias, así como encausarles y perseguirles, era voz en el desierto, y los monarcas españoles no inspiraban temor ni respeto...

Bien claros están los hechos.

Cuando el emperador, el poderoso Carlos V firmó en 20 de Noviembre de 1542, en Barcelona, las nuevas ordenanzas y nuevas leyes para las Yndias, ¿qué acordaron los encomenderos, á quienes tan mal sentaron las disposiciones reales, como bien á los naturales? Pues acordaron no acatarlas, porque se habían dictado ¡sin consultarles previamente!

Y se alzaron en el Perú, alegando que el emperador no podía quitarles los pueblos ni los vasallos; que ellos podían defender sus bienes y sus privilegios, como los hidalgos castellanos defendían los suyos; que si éstos ayudaron al Trono á rescatar el reino del poder de los moriscos, ellos habían ganado el Perú á los idólatras.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador, alzó pendones; se apoderó del tesoro público, armó hombres de á pie y de á caballo, é hizose dictador, abusando á su antojo, disponiendo de vidas y haciendas...

¿Pudo llegar á más la insolencia de los munici-

pios, de los propietarios de esclavos, de los conquistadores, de las autoridades?

Veinticuatro años más tarde, los encomenderos de México trataron de dar el reino al marqués del Valle, hijo legítimo de Hernán Cortés; quien, engreído con el real aprecio y engreído con sus fabulosas riquezas, acaudilló á los ambiciosos, pagando de ese modo las muchas mercedes recibidas del monarca.

Si nada ganó con esto la autoridad del emperador, tampoco ganaron los fueros de la humanidad, que seguían siendo escarnecidos. Pudo más el egoísmo de los interesados.

Y ¿qué decir de la flaqueza de los gobernantes allí enviados, que apoyaban casi siempre la resistencia á las nuevas leyes, cuando no la disculpaban en razones políticas?

¿Qué otra cosa eran estas razones políticas, sino subterfugios de que se valían para eludir el cumplimiento de las leyes?

¡Bonita manera la que tenían de velar por la prosperidad y por el reposo los virreyes y demás autoridades!...

*
**

Al hablar así, en general, no nos olvidamos de las excepciones; que las hubo, como hay en todo. Y pecaríamos de injustos no consignando los nombres de quienes fueron gobernantes modelos; nombres que siempre evocarán veneración.

Tales son: Mendoza, el primero que fomentó la actividad industrial en todos los ramos; Velazco, recto y prudente, que después de haber ejercido el virreinato durante trece años, murió pobre y con deudas; su hijo, que desempeñó el cargo dos veces, gran impulsor de las industrias de hilados y tejidos y de las obras hidráulicas; el criollo marqués de Casafuerte, dotado de muy excelentes prendas; el marqués de las Amarillas, militar de gran reputación y gobernante íntegro; Bucareli, que dió gran incremento á la agricultura, á la industria y al comercio; Mayorga, ilustrado y activo; el segundo conde de Revillagigedo, justiciero y laborioso; Azanza, buen militar y diplomático, y el arzobispo Moya de Contreras, que después de muchos años de ejercer el arzobispado, el virreinato y la presidencia del Consejo de Yndias, notable por su rectitud y entereza, murió sin dejar con qué costear su funeral; y el vigésimo sexto, fray Payo Enríquez de Rivera, justo y liberal, que al abandonar el bastón, donó sus bienes á los pobres.

También otros se distinguieron notablemente; unos, como Enríquez de Almansa, por justiciero y enérgico; otros, como los duques de Alburquerque, por inteligentes administradores y buenos políticos; el duque de Linares y los Gálvez, padre é hijo, por generosos y caritativos, y el virtuosísimo arzobispo Palafox, que no quiso cobrar ni un real de las rentas que le pertenecían como virrey y como visitador.

Total, diez y nueve; justamente la tercera parte de los que ejercieron la gobernación; que fueron cincuenta y siete, y cinco los que fallecieron pobres, después de haber gobernado; Velazco, durante trece; Moya de Contreras, durante seis; el marqués de las Amarillas, nueve; Flores, dos, y Azanza, cuatro años.

*
* *

Hemos dicho que la Iglesia defendió á los oprimidos, pero que el clero se extralimitaba en sus funciones. No hay en ello contradicción. Una cosa es la ley, y otra cosa muy distinta los que la ejercen.

La misma indisciplina que hubo entre autoridades, llegó á haber en el clero: el secular era enemigo del regular; el mexicano, enemigo del extranjero, y el de la capital y de las grandes ciudades, enemigo del clero rural.

El clero fué á América á predicar el espíritu igualitario de la religión cristiana; á refrenar las violencias de los conquistadores; á ser los primeros y más decididos defensores del indio; á civilizarle, con la predicación y el ejemplo.

¡Nada tan grande para la religión como la empresa de civilizar un mundo con las únicas armas de la ciencia y la virtud!

Efectivamente, aquellos apóstoles, aquellos varones eminentísimos que empezaron la obra, no temían las iras del poderoso, ni el odio, ni las perse

cuciones de la muchedumbre; eran tan ilustrados como impávidos ante el peligro, y su prestigio se debió tanto á su sabiduría, como á sus virtudes y al heroísmo de que dieron prueba en muchas y muy críticas ocasiones.

El clero denunció desde el púlpito las crueldades y la rapacidad de Beltrán de Guzmán, de Ortiz de Matienzo, de Delgadillo, de Parada y Maldonado, presidente y oidores de la primera Audiencia, que nombró el emperador por decreto de 13 de Diciembre de 1527. Gracias al clero, Carlos V terminó por nombrar nueva Audiencia y por enviar un virrey, don Antonio de Mendoza, de cuyo sabio gobierno ya hemos hecho mención.

Nadie mejor ni más capacitado que el clero para educar al indio. Esta misión no podía encomendarse al conquistador, que era soldado brusco é ignorante, tan necesitado de educación como el mismo indio. Es más: lo que los soldados no podían conquistar con las armas, después de estériles sacrificios, llevaban aquéllos á cabo, como, por ejemplo, en Yucatán, cuya conquista la hicieron cinco franciscanos, con la obra de la caridad y con su ciencia, y la conquista de California, por los jesuítas. Detrás de ellos fueron casi siempre los aventureros, á deshacer con sus tropelías y su mala conducta lo que aquellos heroicos hombres alcanzaron con su abnegación sublime.

A ellos se debe la redacción del Código de Yndias; y la historia venera, entre otros, los nombres

de Bartolomé de las Casas, Tomás Ortiz, Juan Solano, Jerónimo de Loaysa, Julián Garcés, Tomás de Toro y Vicente Valverde, que enaltecieron los prestigios de la Orden de Predicadores, y de los franciscanos Valencia, Zumárraga, Niza, Olmedo, Calero, Cuellar y Motolinia; del arzobispo y luego virrey Moya de Contreras, que impuso ejemplares escarmientos á la Audiencia Real y demás tribunales, y reunió un Concilio en 1585, en el que se hicieron muchas declaraciones á favor de los indios; del arzobispo Palafox, que impulsó también la actividad de los tribunales, cuyas injusticias y corruptelas ocasionaban muchos daños, y del también arzobispo, Manso de Zúñiga, que socorrió á los damnificados por las horribles inundaciones de 1628, y que fundó siete hospitales, para asistir á los atacados por la epidemia que ocasionó la descomposición de cadáveres.

Más tarde, terminada la época militarista, ó la del militarismo conquistador, comenzó á gobernar y á oprimir á México la influencia clerical: los Estados se convirtieron en repúblicas teocráticas; el clero—que se había multiplicado en pocos años—hízose tan despótico, tan codicioso, tan corrompido como los demás elementos de la colonia.

El cabildo municipal de México suplica á Felipe IV que no autorice la fundación de más monasterios, por ser excesivos los que había, y que les prohíba hacer nuevas adquisiciones de bienes raíces, porque de lo contrario, acabarían por acaparar toda la propiedad inmueble.

No estaba, pues, el mal en la intolerancia del clero, sino en su ambición. La intolerancia era achaque de la época y de todos los países —no exclusiva de los católicos—, y el clero en América fué siempre, entonces y ahora, mucho más tolerante que el del mundo viejo.

El clero se hizo político, y, dejando de ser democrático, constituyó un enemigo formidable de las democráticas instituciones; el clero adquirió un poder económico y una influencia social que le colocaban fuera de su esfera. Aquí estaba el mal; eso era lo que hizo padecer á la Iglesia, que vió que en México, como en otras partes, el clero constituía una organización política cuyos fines distaban mucho de ser los que debían.

El clero se convirtió en enemigo de la razón y de la libertad; el clero explotaba; el clero se hizo inculto y avaro y se puso de parte de los opresores; hasta que Juárez y sus partidarios destruyeron su poder como entidad política.

Cuando la dictadura del general Díaz tuvo el clero influencia moral y social, merced á su desdichada política de conciliación; pero las Leyes de Reforma habían entrado en la conciencia nacional, y el clero no volvió á recobrar su poderío político.

¿A dónde habían ido la santidad de su vida, la sabiduría de sus consejos, la abnegación de que daban pruebas los primeros que fueron á predicar el Evangelio en las suaves y paradisíacas regiones

que de polo á polo se extendían al otro lado del Atlántico?

¿Qué se había hecho de aquella fe, de aquella caridad, de aquella ciencia, de aquel valor heroico?

¡Ah, no olvidemos que estos apóstoles fueron *buscados*, y que los otros fueron *á buscar*...!

Aquéllos miraron por los intereses de la Iglesia, y éstos por los suyos propios.

*
* *

Mucho tiene que hacer el Gobierno Constitucionalista para imponerse á la codicia y á la ambición del clero; aunque este clero perdió mucho de su prestigio desde que se declaró aliado del déspota; desde que ayudó con su dinero y con su influencia á Huerta.

Venga la confiscación de las tierras, que ilegalmente posee; privesele de su poderío económico, y no fomentará guerras civiles, ni se pondrá del lado del dictador, ni del poderoso; se le quitará la soberbia y se consagrará á su única obligación.

No se le niegue su importancia social, ni la libertad para desempeñar su ministerio, no; pero que la religión no se convierta en dominio, ni en lujo, ni en ingerencia en asuntos que no le atañen.

En cuanto el clero deje de mezclarse en asuntos de Estado, el Estado no intervendrá en él. Quede cada cual en su esfera, y así no se repetirán sucesos como los que á principios del siglo XVII provocaron el virrey Carrillo y el arzobispo Pérez de Laserna, ó peores, acaso.

Más enemigos.

SUMARIO

La Prensa.—Finalidad de la Prensa.—La Prensa mexicana, ¿no gozaba de sus fueros, por la coacción de los gobernantes?—Las mentiras de los aduladores.—¿Cómo tratará hoy á Carranza la que antes le calumnió?—¿Se pondrá, como siempre, al lado de los poderosos?—La Prensa española en la actualidad.—Necesaria renovación de la Prensa mexicana.—Cuál debe ser el lema de la Prensa digna.—Los Estados Unidos del Norte.—¿Vecindad peligrosa para México?—A todo hay quien gane.—Cómo empieza la servidumbre de los pueblos.—Yanquilandia nada tiene de común con la América latina.

MÁS ENEMIGOS

La maldad una cosa tiene peor que ella, y es necesitar de ruines para su aumento y conservación.

Quevedo.

Otros dos enemigos, uno cierto y otro problemático, tiene la causa que defiende Carranza.

El uno está dentro de la propia casa: por lo que su destrucción se impone con urgencia, como amputación de miembro gangrenoso, que pone en peligro la salud del organismo. El otro dicen que está en la vecindad.

Aquél es la Prensa, y éste el absorbente imperialismo de los Estados Unidos del Norte...

*
* *

¡La Prensa!... ¡La pobre Prensa!... ¡Cuántos pecados le atribuyen, tanto en éste como en el otro Continente! ¡Diríase de ella que es el moderno Cristo, porque lleva sobre sus hombros los pecados de todos!

Y, dicho sea con sinceridad—ya que ésta es la

única virtud que poseemos —, nada hay que sea tan cierto.

Es doloroso el confesarlo: pero allí, como aquí, la Prensa no siempre es amiga de la verdad; más veces es amiga de Platón...

Y no puede responder á su finalidad, porque, como todos lo sabemos, está privada de independencia; porque la libertad de pensamiento está coartada por las pasiones, por los caprichos, por los compromisos, ó por los móviles particulares de sus Empresas.

Ni allí ni aquí tenemos, desgraciadamente, Prensa honrada, patriótica y valiente, compuesta de elementos idóneos; porque, además de lo apuntado, los elementos valiosos no pueden someterse á la tiranía de los que pretenden encarcelar el pensamiento y mutilar la libertad; porque tienen que ser remunerados conforme á su valía, y no convienen. ¿Cómo han de convenir, habiendo otros—ineptos ó de mediana disposición—prestos á vender, por un miserable plato de lentejas, su nombre, sus ideales, su talento y su trabajo, como sin duda darían al diablo su conciencia, por cualquier capcioso ofrecimiento que les hiciera?...

Es tanta la verdad de esta confesión, que los últimos, los que se ven aquí señalados, los que pudieran alzar el gallo y rechazar con alardes retóricos, ó de los otros, nuestros ataques, ó probar la injusticia de nuestra acusación, callarán como frailes cartujos. No se darán por aludidos; porque saben

que por ese solo hecho se declaraban reos, y no son tan tontos que arrojen piedras á sus tejados. Callarán, sí, porque ya hemos dicho que carecen de independencia en la acción y de ímpetus generosos en el corazón.

¿Corazón?... Pero, ¿tienen corazón?...

Se ha dicho que la Prensa mexicana no podía gozar de sus fueros, por la coacción que sobre ella ejercían los gobernantes, cuyos procedimientos corrían parejas con su total ausencia de delicadeza.

Yo creo que el honor de la patria puede más que las coacciones de los gobernantes, y que éstas debían estimular á los encargados de denunciar los atropellos, las injusticias, los abusos, los chanchullos, los negocios, las ambiciones, los errores ó la incapacidad de aquéllos.

El sacerdocio de la Prensa debe exigir ese sacrificio.

Sabemos que durante la nefasta dictadura de Díaz, los métodos de represión habían llegado á su máximo y nunca visto perfeccionamiento; pero no está probado—¡qué ha de estar!—que se careciera de la libertad de pensar y de exponer las quejas por medio de la palabra escrita.

No; lo que está probado es que si la Prensa mexicana callaba cuando debía hablar, y adulaba cuando debía desenmascarar, lo hacía por cobarde y por asalariada.

¡Qué par de razones!...

Al dictador convenía que los periódicos de la

República, y principalmente los de las grandes capitales europeas, le juzgasen como verdadero rector del pueblo, como gran hacendista y propulsor del progreso; y logró convertir á los periodistas en viles aduladores, en cómplices suyos, encargados de hacer creer al mundo que jamás país alguno fué tan feliz y tan próspero como México bajo el mando de Díaz.

Recortemos unas líneas de la carta que Pesqueira escribía á Flores Magón en 11 de Julio de 1913:

«No somos los bandidos fronterizos, como por consigna gubernamental nos llama esa asquerosa Prensa mexicana, destinada á desaparecer, y que asalariada, amordazada y envilecida, por cálculo, por cobardía ó por impotencia, á nuestras grandes victorias guerreras denomina derrotas, y á nuestros grandes triunfos morales los titula bandidaje y salvajismo.»

Después, cuando los cínicos atropellos de Huerta, ¿qué hacía esa Prensa? Callar con frecuencia ó aplaudir al criminal, propagando de paso una serie interminable de calumnias á Carranza, al único hombre que tuvo el valor cívico de desconocer—entre los veintisiete gobernadores de los Estados de México—, al asesino de Madero y Suárez, que asaltó la Presidencia de la República.

¿Qué dirá hoy, cuando se haya convencido de que Carranza es incapaz de someterse á imposiciones de nadie, y menos de aceptar con ninguna otra república tratos que pudieran atropellar la soberanía nacional?...

Hemos dicho que la política mexicana ha venido distinguiéndose por la total ausencia de delicadeza, y la Prensa, como acabamos de probar, también se ha caracterizado por lo mismo. Siempre ha estado al lado de los poderosos, de los plutócratas, del clero ambicioso y de cuantos, siendo negociantes egoístas, se disfrazaban de directores.

¿Cuándo ha combatido á los logreros, á los monopolizadores, á las empresas y á los sindicatos?

Su tolerancia, su mansedumbre, ó su poca conciencia del deber, no tienen par en ningún lado. Y si carece de derechos, hace sospechar que los ha cedido...

España tiene, aunque pocos, órganos independientes en la Prensa, que se encargan de desenmascarar á los que, gozando del favor del Poder público, se dedican á negociantes ó á protectores de determinadas empresas. Y aunque esta fuerza es pequeña en número, lo cierto es que, gracias á ella, España no está consumida por la debilidad, ni tan atropellada como antaño, ni tan devastada como quisieran verla los malos hijos.

En análogas circunstancias á las de México en tiempo de Porfirio Díaz, puede decirse que estuvo España. Un presidente del Consejo juzgaba compatible su cargo con el de negociante en las grandes empresas, cuyo lucro está, no pocas veces, en absoluta y patente oposición con el bien común; por donde es fácil que se legisle y se gobierne contra

éste, ó, al menos, que pueda surgir en la opinión el recelo de que así se hace.

Pues bien, la Prensa, á la que se atropella injustamente por denunciar estas y otras inmoralidades políticas, no por eso calló; sino que continuó cada vez más valiente, conviniendo en que *por patriotismo, por higiene moral y por decoro, continuaría la campaña mancomunada contra la persecución injusta que un Gobierno llamado liberal, como el del Conde de Romanones, le hacía, desconociendo los derechos de la Prensa con el encono y la arbitrariedad de ningún otro Gobierno.*

Y la Prensa salió al fin vencedora contra el dictador, cuyos méritos para desempeñar la Presidencia del Consejo, todavía estamos por saber cuáles son. Y el dictador cayó arrastrando á su partido.

México, mientras no se opere la necesaria renovación en su Prensa, estará en peligro.

La que ha sido mala guía; la que ha sido instigadora de muchos males; la que ha puesto la dignidad por debajo de sus quiméricas ilusiones, de sus conveniencias ó de su grosera ignorancia de la realidad, debe desaparecer. Y la que venga á sustituirla, noble y robusta, tendrá que trabajar sin descanso para que la bandera de la patria no vuelva á manos de los que laboran para sí, de los que prosperan con manejos personales.

¡Venga esa Prensa, con todos sus fueros, sin temor á la coacción de nadie, ni á la persecución de los gobernantes!

¡Venga esa Prensa, justiciera y valiente, defensora del honor patrio!

Mayor será el cuidado que ella dé á los malos gobernantes, que el temor que éstos puedan inspirarla.

¡Nada de miedos!

Recordad aquellas palabras del Memorial que presentó á Madero el "Bloque Liberal Renovador", y que en nada concuerdan con las disculpas de los cobardes y envilecidos:

«Cuando alguna vez los pensadores lanzaron desde la Prensa su protesta generosa y viril, interpretando el pensamiento y la aspiración nacional y denunciando denodadamente el abuso y el crimen, desaparecieron las tragedias macabras y misteriosas.»

Además, es vergonzoso que en España no tengamos más que pocas y ellas falsas versiones del problema de México; los acontecimientos llegan aquí envueltos en disfraces, y son muchos los que, ignorando el alcance de la Revolución constitucionalista, la juzgaron como una más de las provocadas por descontentos y por bandidos.

Europa—particularmente España—tiene obligación de estudiar las causas y el desenvolvimiento de la revolución, y España se interesaría en el triunfo de la saludable y justísima renovación, si la Prensa mexicana estudiara bien los asuntos y transmitiera las informaciones desapasionadas; España conocería la legalidad de los deseos de México y no los miraría desde el punto de vista de los capitalis-

tas, para quienes el bienestar y el florecimiento de aquel hermoso país nada significan ante sus propios intereses.

Aquí de los versos del inmortal Quevedo, en los que protestaba de las arbitrariedades del Conde-duque de Olivares, y que no deben echarlos en olvido las plumas de ningún hemisferio:

*¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*

á los que antecede la estrofa no menos conocida y recordada: _

*No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, ó ya la frente,
silencio avises, ó amenazas miedo...*

Tercetos que deben figurar como lema de honra-dez y de independencia en la bandera de la Prensa digna.

*
* *

Marco Bruto, en tanto que Pompeyo en Roma era persona particular, no le saludaba ni hacia cortesía, acordándose que había hecho matar á su padre.

Cuando Pompeyo se encargó del ejército romano, para defender la libertad pública, suspendió el odio propio para asistir á la defensa común y universal, y se escribió soldado de Pompeyo.

Quevedo.

Con el enemigo de la vecindad—si efectivamente lo fuese Norte América—le pasa á México lo que con el clero: que no admite ingerencias de nadie en su seno, pero él sí que interviene en cuestiones de otras esferas.

La América del Norte, independiente y grande, no se resigna á vivir dentro de sus fronteras; pero tampoco quiere que ningún extraño tenga negocios en América...

Era más noble, y, por lo tanto, menos egoísta, el perro famoso del hortelano: no dejaba comer, no; pero él tampoco comía. ¡Predicaba con el ejemplo!...

Pero, Norte América ¿es ciertamente enemiga de México? Miradas las cosas desde España, ó según creen verlas algunos españoles, sí.

Para éstos, ninguna confianza puede inspirar en las puertas de casa un sujeto utilitario, mercantilista, ambicioso y extravagante, que se cree único, superior, infalible para establecer nuevos derechos; que confunde la honra con el provecho, y tan

poderoso, que el oro se le sube á la cabeza y le tuerce el juicio.

Dicen que quiere dominar, que quiere extender sus límites geográficos y políticos; hacer del Grande Océano su mar; sustituir á Europa en sus intereses en el Nuevo Mundo, apoderarse de México y apoderarse de Europa...

Que no le bastó con apoderarse antaño de tierras mexicanas; que las quiere todas.

¡Hablábamos de la codicia de los españoles!... ¡A todo hay quien ganel!...

*
* *

¡Apoderarse de Europa!...

Sí; no les basta con México; quieren Europa, y querrán el Asia...

¡Cuánto se habló, y qué mal, de los préstamos fabulosos y de los auxilios que en hombres, en cereales, en barcos y en material guerrero están prestando á los aliados!...

¡Era imposible que Europa se diese cuenta de los compromisos que contraía con acreedor tan ambicioso!... ¡El triunfo de los aliados se deberá á Norte América, y quién duda que querrá ser el árbitro internacional, el amo de los destinos del mundo!...

Sin embargo, la intervención de Estados Unidos en la guerra europea, hay que reconocer que no obedece á ningún género de ambición; no le impul-

san deseos de ensanchar sus dominios territoriales, ni deseos de conquistar guerreras glorias.

El gran pueblo democrático —no comprendido por nosotros, ni estimado todavía en todo su valor—, se levantó altivo y caballeroso y se sumó á los que luchan por la libertad, por la santa justicia, que, aunque no quieran los amantes de la fuerza, acabará imponiéndose á todos los humanos.

No hay, pues, por qué calificar despectivamente su grande y ejemplar esfuerzo.

*
**

Pero ¿en qué razones se fundan para creer que esa República *sui generis* pueda soñar con apoderarse de México?

¿No es próspera? ¿No es fértil y de buen clima? ¿No tiene suficiente extensión para desenvolverse, por mucho que aumente su población?

Sí; pero según dicen, su comercio requiere, exige más campo de acción...

Mas, suponiendo que así fuese, yo pregunto: ¿cómo pensó en apoderarse de México? ¿Aniquilándolo por las armas?

¡Ah, si así fuera!...

Cuando el extraño interviene como pacificador, sabido es que los contendientes, olvidando sus diferencias y enconos, se aunan contra el de fuera.

Nadie mejor que España puede servirnos de ejemplo.

En los aciagos días de la invasión napoleónica, dió á los ojos del mundo entero y á la contemplación del futuro, el espectáculo sublime de alzarse viril, luchando por recobrar su libertad y su independencia, contra los enemigos de la razón y de la justicia; y

*¡hasta las tumbas se abrieron,
gritando venganza y guerra!...*

Norte América sabía que no podía vencer á México por las armas: como sabía que le faltaba ejército para una guerra de conquista.

Ahí está Villa, ese engendro del vicio, de la ignorancia y del fanatismo, que, á propósito de este asunto, habló así:

«...Yo también opino lo mismo que el general Carranza; pues he creído conveniente y justo que en la actual guerra interna por que atraviesa nuestro país, sólo debemos tomar parte aquellos á quienes nos preocupa directamente su situación; esto es, á los mexicanos.» (1)

¿Cómo, entonces, quiso llevar á cabo su deseo?
¿Como el jesuíta del cuento, que entró pidiendo permiso para colocar un clavo en el que colgar la teja, y acabó siendo el amo de la finca?

¿Introduciéndose poco á poco, fomentando la independencia, repartiendo protección, haciéndose el indispensable...?

(1) E. González-Blanco. — *Carranza y la revolución de México.*

Los que se introducen lentamente y laboran *pro domo sua*, suelen conseguir lo que los yanquis dicen que lograron en México: que hubiera quienes desearan que los Estados Unidos intervinieran, y que su auxilio, moral y material, fuese de todo punto indispensable para el fomento del bienestar. ¡Malos patriotas!

Como anillo al dedo, aunque dictadas con otro objeto, vienen aquí las siguientes palabras de Mariano de Cavia, el que más sostiene y levanta el espíritu español:

«Todos sabemos, desde que hay historia, por qué género de intrusiones y tolerancias empieza la servidumbre de los pueblos y la anulación de los Estados.

En estas pérdidas, como en la de la honra femenina y del decoro varonil, el primer paso es el que cuesta. Dado el primero, lo demás viene á escape y con más facilidad que la ocupación de Bélgica.»

Mientras México quiere salirse del estado á que le llevaron los desaciertos de unos y otros, y lucha buscando su libertad, los Estados Unidos, que son independientes, no quieren vivir tranquilos en su casa y buscan aventuras; según afirman los que todo lo saben y nada explican.

Un pueblo que viviera en reposo, sin pasiones, sin aplicación, sin diversiones, sería un pueblo muerto y dependiente de otro; que ese pueblo buscara su libertad y su grandeza, nada tendría de particular.

Pero Estados Unidos no se halla en ese caso, como

ya hemos dicho. ¿De qué nacieron, pues, sus agitaciones, sus quiméricas ilusiones respecto á México? ¿Por qué buscaba peligros y fatigas?

Pascal dejó escrito:

«He descubierto que toda desventura de los hombres nace de una sola cosa: de no saber permanecer tranquilamente en su habitáculo.

Un hombre que tenga hacienda suficiente para vivir, si supiese permanecer en su casa con agrado, no saldría para ir á surcar el mar, ó al sitio de una plaza. El que no puede permanecer en su casa con agrado, requiere conversaciones y juegos, y el que compra un cargo en el ejército, es que halla insoportable el no moverse de la ciudad.»

Sin embargo, reconozcamos que otros móviles más altos pueden anidar en el corazón de ciertos hombres y de ciertos pueblos.

Se ha dicho que las colonias española é inglesa se han presentado con caracteres muy distintos, después de sus respectivas emancipaciones.

No es cierto; esas diferencias han existido siempre, y Estados Unidos no ha cambiado de espíritu.

No puede negarse que Estados Unidos, favorecido por las circunstancias, se elevó en poco tiempo al rango de nación importante; mejor dicho, de gran potencia.

Esas circunstancias fueron: el ser el único territorio colonizable de América; el clima; la menor distancia con Europa, y la baratura de pasajes y transportes.

Pero la emigración no fué individual, como la

española, sino colectiva: trasladábanse familias, pueblos enteros y en gran número. Tampoco fué la emigración voluntaria, como la nuestra.

Es decir, una parte respetable de la población de la metrópoli cambió de domicilio, llevando—como es de suponer—sus características de raza. Y al cabo de algún tiempo, cuando la colonia se revolucionó, hallábase en su mayoría de edad; en suelo que consideraba propio, porque en él radicaba; preparada y educada para gobernarse, sin la tutela de Inglaterra.

En realidad, era independiente y estaba emancipada desde el principio de su establecimiento en el nuevo territorio; y á medida que se sucedían las generaciones, Inglaterra se iba alejando cada vez más en el recuerdo y en el corazón de la colonia; hasta que ya no tuvo razón de ser la tutela.

Para los europeos, especialmente para los latinos, el pueblo yanqui hoy, como antes, nada tiene de común con los pueblos americanos de origen latino. Es materialista, interesado, orgulloso, enemigo del arte en todas sus manifestaciones...

El papel que espontánea y gallardamente se asignó en la lucha actual, demuestra que no es materialista, ni siquiera interesado. Tampoco puede ser orgulloso el pueblo que, como el yanqui, es el más democrático del Planeta.

Y eso de que es enemigo del arte, ya va siendo hora de tomarlo á risa.

Los yanquis son hombres de este tiempo; no

como nosotros, siempre pegados á la tradición, que motejamos las convicciones ajenas, sin permitir que nadie llegue á tocar las nuestras.

Los yanquis no son intransigentes. Hablábamos de su mal gusto, fundándonos principalmente en lo que es más visible, en lo primero que salta á la vista: las construcciones. Y decimos que su arquitectura es fría, antiestética, con paramentos lisos, con aristas vivas, en cuadrícula, con líneas verticales y horizontales.

Pero no fijamos la atención en que si huyen de la ornamentación, no por eso abandonan la línea y la masa; — bien entendida aquélla y bien proporcionada ésta —, y que la belleza, ahora y siempre y en todas sus manifestaciones, tiene por su más importante condición la simplicidad.

¿Que en Norte-América la arquitectura toma un nuevo rumbo? ¡Quizás, antes de mucho, nos parezca una orientación muy sabia y muy depurada, la que hoy nos parece insulsa y anacrónica!

¡Griten los inteligentes, que no ven más belleza que la que quieren ver, diciendo que la arquitectura perdió su alma, confundiéndose con la ingeniería, y que se ha hecho utilitaria!

Ignoran que la evolución es continua, porque es norma de vida, y que todos los cambios, que tan inadmisibles parecen, no son sino nuevas manifestaciones de la belleza.

Bueno; pues si alguna vez pensó en anexionarse México, ya no piensa, ya no continúa en su afán; acaso porque comprendió que el anexionarse el país mexicano y el ensanchar sus dominios hasta las repúblicas de la América Central, no es empresa fácil: acaso porque sabía el enorme fracaso que á su codicia le esperaba en México; porque no ignoraba que sus locuras habían de tropezar y estrellarse en el patriotismo, en la energía ejemplar y en el maduro talento de Carranza, del hombre providencial, del escogido por el Supremo para la salvación de su país.

Hoy, afortunadamente, y gracias á Carranza, las relaciones entre ambas repúblicas americanas son buenas.

¡Que sean duraderas!

El régimen porfiriano.

SUMARIO

Agobiado el pueblo, tuvo fuerzas para alzarse contra el opresor.—Las clases privilegiadas se formaban como para escarnio del pueblo.—El territorio nacional sólo pertenecía á México geográficamente.—La obra de Porfirio.—¿Quién era Porfirio?—¿La época porfiriana, fué realmente de paz y de florecimiento?—Violación de la Constitución La fuerza, suprema ley.—En qué se basará la paz.—Carranza después del triunfo.—Porfirio Díaz fué necesario á la redención de México.

EL RÉGIMEN PORFIRIANO

Dejas espada y lanza al desdichado;
y poder y razón para vencerte.
¡No sabe pueblo ayuno temer muerte!
¡Armas quedan al pueblo despojado!...
Quevedo.

Nunca la soberanía nacional estuvo tan expuesta á perderse, como bajo el mando del dictador Porfirio Díaz.

La voluntad del pueblo, sus libertades y garantías habían sido abolidas por completo, y México, que nunca fué turbulento, vióse obligado á apelar á la revolución, como único medio de llegar al fin.

¿Quién puede negar al pueblo su derecho á reclamar lo que la tiranía le arrebató? ¿Quién puede matar sus ideales? ¿Quién oponerse á que tome venganza de los agravios?

¡Dichoso el pueblo que tiene conciencia de sus derechos! ¡Dichoso el que tiene fuerzas para rebelarse contra el que se opone á su transformación, á su perfeccionamiento, á su civilización!

¿Cómo prolongar más tiempo aquel estado de cosas, si en el alma del pueblo existía una revolución latente, que no tardaría en brotar al exterior?

El pueblo mexicano quedó debilitado con la tiranía de Porfirio, mucho más que con los desafueros de los colonizadores; pero era vigoroso y joven, y aún tenía, aún le quedaban energías para exterminar el régimen feudal, que concentraba la propiedad en las manos siempre listas —y no siempre limpias— de los amigos y parientes del dictador; para destruir el caciquismo en la administración, que tantos abusos cometía; para concluir con el favoritismo en los empleos para los gobiernos de los Estados; para acabar con las concesiones mineras, ferrocarrileras y navieras, y con las ventas de los terrenos.

¿Tan necio le hacía al pueblo, ó tan ciego lo creyó, que no llegaría á comprender la poca relación que existía entre la miseria del trabajador y la máxima producción del oro; y que á medida que aumentaba el poder de las clases privilegiadas con la explotación del indio, con la usura y el expolio, más precaria se hacía su situación?

¿Tan aletargado ó tan impotente lo juzgaba, que, resignado eternamente, apagaría su ira, la santa ira que le forzaba á clamar contra el usurpador y tirano?

¿Tan capaz lo creía de pasarse la existencia confiando en las prometidas reformas económicas, sociales y políticas, que jamás llegaron á ser realidades?

¿Tan cobarde lo consideraba, que callaría viendo al tirano defender al poderoso, valiéndose de pro-

cedimientos arbitrarios é injustos; viendo cómo el territorio nacional pasaba á poder del extraño, y particularmente del yanqui?

Tiranía, vejaciones, expropiaciones; época del terror; gobierno de la violencia; reinado de la reacción, que se oponía á la prosperidad de la República, en provecho del terrateniente y del poderoso; concesiones arbitrarias y antilegales; detenciones á los propietarios legítimos de las tierras, en beneficio del ambicioso; coalición del capital, del clero y del militarismo, para arrastrar al pueblo á su más triste período de opresión y de miseria; relajación de costumbres; corrupción en los encargados de administrar y regir el país...

¡Tal fué la obra de Porfirio!

Afortunadamente, todo cambió á partir de 1910, y dentro de poco, merced á la Revolución Constitucionalista—que nada tiene de común con ninguna otra—no va á quedar ni el menor rastro de la inestable, de la falsa grandeza de la época, que la historia debe llamarla del peculado.

*
* *

Pero ¿quién era Porfirio?

Un soldadote, intrigante y ambicioso, de humildísimo origen.

No escribo esto último como nota infamante, nada de eso; pues yo sé bien que Quevedo dejó escrito, que uno

«...aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble á sí y hace linaje para otros.»

Nada tenemos que decir de Porfirio Díaz como hombre, ya que fué correcta su conducta privada; tampoco como soldado, en los buenos servicios que prestó á la patria en la época de la Intervención francesa.

Y quede apuntado, antes de compendiar aquí su actuación política, que está lejos de nosotros el acudir al insulto, para utilizarlo como arma en el ataque que vamos á dirigirle.

El hombre público, muerto ó vivo, está expuesto á la sanción de todos, y la crítica serena, razona, fundamenta cuanto ha de servir á la historia para sentar sus afirmaciones.

Admitimos las virtudes privadas de D. Porfirio, pero aquí no nos interesan. Juzgamos al hombre político, y lamentamos sinceramente, que no existiera correspondencia, que no existiera equilibrio entre uno y otro hombre.

Porfirio comenzó incorporándose á los liberales que sostenían las Leyes de Reforma con las armas en la mano.

¡Leyes que él mismo las había de burlar después!

Como acabamos de decir, más afortunado que bravo, prestó buenos servicios en la guerra de la Intervención y sin reparar en los medios—pues para él en la fuerza radicaba la suprema ley—, aspiró á la presidencia, rebelándose contra D. Benito

Juárez, uno de los creadores de la nacionalidad mexicana.

Y aunque mal político y peor estadista, saltando por encima de hombres prestigiosos y de no pocos jefes militares, más indicados que él para la suprema magistratura, escaló el Poder, resumiendo en su persona todo el Gobierno de la República, durante treinta y dos años.

Se ha dicho que desde la independencia de México, éste fué el único período de paz y de florecimiento que gozó aquel país.

¡Sí que hubo paz!...

Su asalto al Poder trajo en 1876 movimientos parciales, por no haber sido su elección popular, y otro al año siguiente; aunque es verdad que fueron sofocados prontamente.

La Cancillería de Washington se negó á reconocerle, y lo hizo tres años después.

Empeoradas las leyes políticas, suprimido el sufragio, reinó la anarquía; hubo sublevaciones como la del buque de guerra *Libertad*, en Veracruz, que se ahogaron en sangre.

En 1880, protestas del pueblo contra la tiranía económica.

Cuando en 1881 fué proclamado presidente el general Manuel González, respiró tranquilo México.

Con arreglo á la Constitución, no podía ser reelecto inmediatamente Porfirio Díaz; pero durante el Gobierno González, ocupó varios puestos: minis-

tro de Estado, magistrado de la Suprema Corte de Justicia, gobernador de Oaxaca...

Terminó la corrompida administración de González—otro especulador hecho á imagen y semejanza de Porfirio—y éste volvió al Poder en 1884.

Pone al frente de los 27 Estados de la República, generalotes rudos y ambiciosos, como él, con el encargo de conservar la paz, fuese como fuese; y estos Poncios se enriquecen en poco tiempo.

Vuelve el pueblo á protestar como antes, contra la tiranía económica y política.

Hay nuevos rozamientos con los Estados Unidos del Norte, y nuevas rebeliones, como la de Zacatecas, en la que es vilmente asesinado García de la Cadena.

Los fusilamientos, los destierros y las desapariciones misteriosas se ponen á la orden del día; la aristocracia domina en el Estado y en el ejército; los amigos del tirano, roban lo que quieren, y el indio sigue más atado que nunca al terruño y con menos personalidad.

¡Sí que había paz y florecimiento!...

La paz era aparente, porque era impuesta por la fuerza, y tan falsa como la paz, era la prosperidad, que se sostenía concediendo monopolios de los mejores negocios á los extranjeros; concediendo á los especuladores que habían adquirido bonos del Gobierno, el privilegio de cambiarlos por tierras del Estado, con un premio de 35 por 100.

Así pasaron á manos de los amigos y favoritos de Porfirio las mejores tierras de México.

La Constitución...

Porfirio había dicho que para que la Constitución fuese una verdadera garantía de paz, ningún ciudadano había de imponerse y perpetuarse en el ejercicio del Poder; porque las reelecciones indefinidas ponían en peligro las instituciones nacionales...

Pero eso lo había dicho en otros tiempos, cuando aspiraba á la Presidencia; antes de asaltarla por malas artes; antes de someter al país al desafuero de su ambición, que corría parejas con su ignorancia en materias políticas y de administración.

Una vez reelegido, varió de modo de pensar.

En 1887 reforma, arbitraria y despóticamente, la Constitución, permitiéndose la reelección inmediata é indefinida del primer magistrado de la República, y es reelecto ¡cinco veces consecutivas...!

¡Hacía ocho años que había hecho ante el Congreso la declaración de no aceptar la candidatura de reelección, aunque no estuviera prohibida por el Código, y que siempre acataría el principio de donde emanó la revolución por él iniciada en *La Noria!*

México quedó condenado á vivir dentro del estrecho círculo de las pasiones políticas. El imperio del terror consolida en el cargo al tirano.

Hoy autoriza á un financiero inglés para construir el ferrocarril de Puerto México á Salina Cruz, con la subvención de 13.500.000 pesos, de los cuales quedan al extranjero más de once millones

de beneficio; y mañana autoriza á lord Cowdray otra idéntica, para el ferrocarril de Tehuantepec, que vale al lord nueve millones, y la explotación por cincuenta y un años.

También autoriza á Pearson para negociar un empréstito de 17.500.000 pesos, con el fin de subvencionar una línea de vapores de cabotaje...

Surgen nuevos conflictos con Guatemala, por cuestión de límites, en 1894.

Con el progreso material de México coexisten las prisiones de Belén y de San Juan de Ulúa, las deportaciones á Quintana Roo y la Ley Fuga, que acaban con los rebeldes, con los enemigos políticos, con los que estorbaban al tirano, con los que se alzaban contra la dictadura, en favor del pueblo y de la libertad.

Sin embargo, vuelve á ser reelegido en 1896, después de un homenaje que organizaron meses antes unos negociantes favorecidos por él, y en cuyo acto se le entregó un mensaje de admiración y de súplica para que no abandonase el Poder...

Porfirio respondió que *se sacrificaría*, que continuaría en la Presidencia, á fin de que los comerciantes mexicanos y extranjeros siguieran disfrutando de las garantías que les permitiesen aumentar sus capitales.

La paz y el florecimiento porfirianos no sé dónde habrán visto los infames apologistas del monstruo, á quien se deben todas las desgracias de hoy.

¡Ved con cuánta razón culpábamos á la Prensa mexicana, que, en vez de denunciar aquella fiebre de especulaciones en todos los organismos, que favorecía el mal régimen, y el divorcio del pueblo con sus gobernantes, callaba lo que le convenía callar y engañaba al mundo entero con sus falsedades!

La revolución tenía que venir, y los que recibieron favores y concesiones en gran número, los que estuvieron al lado de Porfirio Díaz, y luego al lado de su sobrino Félix Díaz, de Reyes, de Huerta, de Villa, son los que la trajeron. Entre ellos, nuestros compatriotas, la gran mayoría de la colonia española, que siempre se distinguió por reaccionaria, por antimexicana y porfirista.

*
* *

El indio, que había huído del conquistador, del blanco, del hombre de la ciudad, porque jugaba con su vida y con su hacienda, quedó en tiempos de Porfirio más relegado que estaba, más pobre y más esclavo.

Ahora, con la paz permanente, que se basa en otras condiciones sociales y económicas, no será lícito matarse á trabajar para que otro que no sea el trabajador se apodere del fruto; se restablecerá la dignidad del que labora, contra la indignidad del terrateniente ocioso; porque se vindicará el dere-

cho del expoliado contra las demasías del expoliador.

La paz llegó, sirviéndola de base las leyes constitucionales, convenientemente reformadas ó ampliadas. México no seguirá vendiéndose á los capitalistas extranjeros, y Carranza, el que empezó por desconocer al asesino de la primera víctima de la revolución, á los poderes legislativo y judicial—que reconocieron y ampararon en contra de las leyes constitucionales á Victoriano Huerta—y á los Gobiernos locales, sostiene la causa del pueblo contra la plutocracia, y batalla contra la existencia de privilegios económicos y contra la falta de libertad en la gestión pública.

La paz llegó, pero no como la deseaban los capitalistas, á todo trance, fuese como fuese ó impuesta por la fuerza, no; la paz llegó cuando no había miedo á la ley, que, como la causa nueva, es justa. Cuando todos comprenden que Porfirio Díaz fué necesario; porque sin sus desafueros, México, tal vez, no hubiera reaccionado...

Fué malo, fué incompetente, fué ambicioso; pero, como suele decirse que no hay mal que por bien no venga, tendremos que reconocer, tarde ó temprano, que Porfirio Díaz fué un mal, indudablemente, pero un mal que ha sido beneficioso para la vida de México, para su marcha en el progreso y para su felicidad.

Lo mismo que Judas Iscariote fué necesario para la redención de la Humanidad.

Grande ha sido el daño; larga la enfermedad; caras y difíciles de hallar las medicinas...

Pero, al fin, como sanó el enfermo, todo debemos dar por bien empleado.

¡Dichoso México!

México ha escarmentado en sí mismo; pero también en cabeza ajena: en la de España.

Y así como ésta nunca tuvo energías más que para luchar y desterrar de su territorio al invasor, y no para dar su merecido al enemigo de dentro de casa—que es el peor—, México ha comprendido que la regeneración debe empezar por uno mismo.

Como puso en huída á Porfirio y á Huerta, pondrá camino del destierro á cuantos egoistas han desatendido ó intenten aprovecharse del bien común.

Libre de víboras y de urracas, impone en su República democrática el régimen de una administración sana y de una vigorosa y sabia legislación.

¿Imitaremos el ejemplo...?

*Al asiento del alma suba el oro,
no al sepulcro del oro el alma baje.*

Los mismos perros...

SUMARIO

Parentesco que no da la sangre. — Porfirio Díaz y Huerta. — El general González. — Pancho Villa. — Zapata. — ¿Existieron realmente esos monstruos?. — Carranza, el ángel exterminador.

LOS MISMOS PERROS...

El que por su virtud merece ser hijo de otro, no lo siendo, tiene mejor línea que el que lo es y no lo merece.

Quevedo

Huerta.

El que por sus maldades merece ser hijo de otro, no siéndolo; tiene mejor línea que el que lo es y no se le parece.

¿Quién puede negar á Huerta su consanguinidad con Porfirio Díaz?

Si no existió entre ellos el parentesco de la sangre, bien podemos decir—y no es paradoja—que la sangre les emparentó...

Las hazañas dan parentesco que no da la familia; y, á veces, con años y siglos de por medio.

¿Qué representaba Huerta? La reacción. ¿Qué era su Gobierno? Una restauración del de Porfirio; mejor dicho, una continuación; porque los hombres eran los mismos en los dos Gobiernos, y los mismos eran los procedimientos.

Juárez, el buen Juárez, no tenía preferencias por Porfirio; pero Porfirio le sucedió en la Presidencia de la República.

Madero, el apóstol Madero, tampoco tenía preferencias por Huerta, sino una invencible repugnancia; y, sin embargo, Huerta se abrió paso; protegido por Madero, que cuando los días de la Ciudadela, le entregó la defensa de México.

Porfirio amargó los últimos años de Juárez; Huerta mató á Madero.

Porfirio, lo mismo que Huerta, prefería el interés propio al bien común.

Porfirio asaltó el Poder, valiéndose de malas artes; Huerta, se colocó de golpe en la Presidencia, asaltándola por una oportunidad infame.

Uno y otro eran advenedizos.

Porfirio favoreció á amigos y parientes, con gran perjuicio del país; Huerta consumió los recursos de la nación en su beneficio y en el de los suyos.

Porfirio, saltando sobre la Constitución, se mantuvo en el Poder muchos años; Huerta, quiso retener el Poder á toda costa, fuese como fuese.

Con Huerta volvió á recobrar fortaleza el sistema de Porfirio, que era el de la mano de hierro y el palo, para hacer entrar en razón.

Ambos eran soldadotes crueles, embusteros y viciosos; ambos eran criminales, cínicos, traidores; ambos carecían de simpatías en las clases populares; ambos carecían de sentido moral.

Ni en la dictadura del uno, ni en la tiranía del otro hubo solidaridad entre el Gobierno y la nación mexicana.

El uno tuvo que abandonar el mando, y el otro

tuvo que salir huyendo. Los dos recalaron en Europa.

Tan vergonzoso fué el final como la administración en Porfirio y en Huerta.

Manuel González.

Discípulo de Porfirio, por no decir hermano ó hijo, fué el general González.

México le recibió con júbilo, cuando en 1881 fué proclamado para sustituir á Porfirio Díaz. ¡México no sabía quién era el nuevo Presidentel

La bancarrota á que llevó al país, los abusos, las granujerías, las exacciones, las ventas de los empleos, los negocios sucios, las inmoralidades, la desorganización económica, le hicieron caer entre los alaridos con que el pueblo demostraba su protesta.

Sus amigos se aprovecharon, aceptando todos los negocios y obteniendo todas las concesiones que quisieron.

Para México, decir Manuel González, equivale á decir oprobio, inmoralidad.

Villa.

El Herodes mexicano, Doroteo Arango ó Francisco Villa, como ustedes quieran llamarlo—porque esos nombres y apelativos tiene—, es el legítimo sucesor de Porfirio y de Huerta.

Inculto y bárbaro, asesino de mujeres y de niños; instrumento de intereses extranjeros y de cie-

gas pasiones, el último enemigo de la Revolución Constitucionalista.

Repugna hablar de él.

Inauguró en Chihuahua la época del terror; confiscó las fincas y las industrias para su medro particular; cometió espantosas atrocidades, impuso tormentos á los ricos propietarios; casó con una hermosa joven, sólo por gozarla, estando casado con otra y con otra... Tuvo con una de esas desgraciadas una escena que no es posible describir, en presencia de testigos, que debían ser eunucos. Asesinó al inglés William S. Benton; asesinato del que se ocupó la Prensa mundial, y cuyos incidentes macabros, espeluznantes, tampoco se pueden referir.

En Torreón repitió las atrocidades de Chihuahua, siendo la pena de muerte el único castigo que imponía.

Tan pronto ofrecía lealtad á Carranza, como le desobedecía.

Estuvo de acuerdo con Carranza cuando la actitud gallarda y patriótica de éste al desembarcar los yanquis en Veracruz en 1914; pero poco después dirigía un telegrama á los Estados Unidos mostrándose partidario de los yanquis y en desacuerdo con el acto de Carranza.

A sus palabras de amistad y lealtad al primer jefe de la Revolución, correspondía con desacatos; como cuando Carranza le indicó que fuera con sus hombres á Zacatecas á defender la plaza.

Como Nerón, quisiera llegar á la capital de la

República y guillotinar en una noche á todos los ricos...

Zapata.

Empezó defendiendo la restitución de las tierras que habían sido arrebatadas á los débiles.

Inculto, sanguinario, áspero y salvaje, sobresalió en la revuelta contra Porfirio.

Buena y meritoria hubiera sido su actuación, á no mancharla con sus crímenes, y como defensor de la causa agraria, hubiera podido ser útil á Carranza.

Fué revolucionario en tiempos de Madero; después, aliado de los constitucionalistas, y más tarde, villista.

Los que alcanzaron la honra de tratarle, dicen que hubiera podido ser bueno de haber recibido educación y de haber vivido en otro ambiente; que hombres perversos, como Abraham Martínez y otros influyeron en él, adulando sus instintos carniceros...

¡Aten ustedes esa mosca por el rabo! ¿Quién les habrá dicho que la educación puede, no acabar, que ni siquiera ocultar instintos carniceros? Refrenarlos un poco, tal vez; pero nada más, y gracias.

Aquel Abraham dijole en un brindis, que desechara escrúpulos, que matara *gachupines* y hacendados ricos; que dejara al pueblo robar, asesinar y violar, porque así podría tomarse venganza de los ultrajes que había recibido...

Violento, audaz, amigo de rapiña y de sangre; como á Porfirio, como á González, como á Huerta, como á Villa, le consumió la fiebre de dominio.

¿Cuál de ellos estaba en disposición de defender una causa buena? Y si así eran los jefes, ¿cómo serían sus gentes?

Zapata guerreó contra el feudalismo y el capitalismo agrarios; su Plan de Ayala tiene algo de común con el constitucionalista, en esta parte.

Carranza, creyéndole útil, trató de atraérselo; pero fué en vano; ni él quiso, ni los que le rodeaban.

¡Mejor para Carranza!

*
* *

Yo dudo de la existencia de tales monstruos; me inclino á creer que Porfirio, González, Huerta, Villa y Zapata, no son sino collares diferentes de un mismo perro...

Carranza se alzó contra Porfirio; Carranza fué el primero en oponerse á Huerta; Carranza aniquiló á Pancho Villa y á Zapata.

¿Debe algo México á Carranza?

El problema agrario.

SUMARIO

Madre é hija.—México reconquista sus libertades.—El suelo que habitaba el indio, le fué arrebatado por la conquista.—Los encomenderos desobedecen á Carlos V.—La condición del pobre se agrava durante la tiranía de Porfirio Díaz.—La agricultura en México.—Lo que exportaba la metrópoli.—Reintegración de las tierras al Estado. El problema agrario en la historia.—El de México es una repetición del de Roma.—Carranza, el Graco de México.

EL PROBLEMA AGRARIO

La libertad se perpetúa en la
igualdad de todos, y se amotina
en la desigualdad de uno.

Quevedo.

Hay quien cree que los mexicanos, que tantas cosas heredaron de los españoles, tienen la sangre alterada y los nervios exaltados de nosotros. Y en estas características de nuestra raza quieren buscar las causas de las turbulencias mexicanas los poco iniciados en cuestiones étnicas y psicológicas.

—México, dicen, ha venido padeciendo desde los primeros días de la colonización, guerras civiles, luchas de partido, algaradas y desórdenes de todas las especies; lo mismo que la madre patria.

Y añaden, como obligado comentario:

—México llorará, cuando no tenga remedio su mal; cuando se vea en el deplorable estado en que hoy se halla España... La hija no escarmienta en la madre: antes, al contrario, imita su conducta y aún aumenta el número de sus desgracias, de sus inadvertencias ó de sus locuras...

Los que así hablan demuestran, si son españoles,

un completo desconocimiento de la historia de México; así como el por qué de la revolución iniciada en 1910; y si son mexicanos, hacen poco favor á España. Unos y otros desconocen la acción de España en América; como ignoran que perdida la libertad durante la dictadura de Porfirio Díaz, el pueblo mexicano, ansioso de recobrarla, promovió la guerra en que se halló, y que, en su fondo, no es otra cosa que una reacción, una reconquista, una renovación.

Si la madre fué mala, ó no supo ser madre, no por eso se disculpará á la hija; como tampoco culparemos á ésta de las faltas de aquélla.

Mucho pueden los padres; pero como los hijos salgan con las ideas de Judas, ya pueden los progenitores empeñarse en hacerles santos: acabarán vendiendo á su Maestro...

Mas ya hemos dicho que las causas del malestar de México no son imputables á España. Afortunadamente, la hija no fué mala; ni la madre tampoco.

Es muy cómodo, aunque desacreditado, el sistema de buscar un pobrecillo á quien colgar y cargar con las faltas nuestras, sin tener valor para reconocerlas y confesarlas.

Los chiquillos medrosos son los que después de cometer fechorías, pretenden disculparse diciendo:

—¡Yo no he sido! ¡Aquél ha sido!...

No imitemos á los chicos.

México, que es eminentemente agrícola, ha venido viviendo sin hogar y sin subsistencias—si esto es vivir—y condenado á esclavitud.

De que es agrícola dió las primeras noticias Hernán Cortés, que en su cuarta carta al Emperador, le indicaba que ordenase el envío de toda clase de plantas en cuantos navíos fuesen despachados para allí, *por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura.*

El suelo que habitaba el indio, que le pertenecía por derecho propio, por ley natural, le fué arrebatado por la conquista, bajo el pretexto de que el indio, que huía del trabajo, acabaría por despoblar el país.

¡Y eso que el reparto se había ordenado que se hiciese con toda justificación, sin agravio del indio!...

¿Para quién fué el terreno? Para el capitán, para el soldado, para el clérigo, para el especulador, que obligaron al indio á quedar á su servicio y al cultivo de la tierra.

A cada encomendero se asignó un número de esclavos... ¡El feudalismo europeo se trasladó á América, despojando al indio de lo que le pertenecía y haciéndole esclavo en su propia casa!

El encomendero era todo: empezó por encargarse de la propiedad y del orden; es decir, su misión era la de velar por la prosperidad de la hacienda, evitando el infortunio del indio;— porque así creyó el Gobierno proteger á los indios, aunque no hizo más que sistematizar su servidumbre—, y acabó por

ser cacique y juez: imponía castigos, retenía al deudor—¿deudor de qué?—para aprovecharse del fruto de su trabajo.

Y cuando el Emperador dictó las ordenanzas y nuevas leyes de Yndias, alzaronse los hacendados, diciendo que eran muy dueños de repartirse aquellas tierras, que las habían ganado á su costa y derramado su sangre...

¿Qué se podía esperar de los que así desobedecían? Los que al Emperador así respondían, ¿de qué no eran capaces?...

Sin libertad para iniciarse, sin estímulo para el trabajo, castigado y mal alimentado, víctima de las luchas políticas, religiosas y sociales, la personalidad del indio iba debilitándose de día en día.

Porfirio Díaz la creyó perdida del todo, y tanto abusó, que la condición del peonaje del campo no pudo ser más horrible, más miserable: ¡al hambre unió el látigo!

Esta humillación no podía continuar: la paciencia del pobre, del que trabajaba y no se aprovechaba del trabajo, tenía que agotarse. Y vinieron las revoluciones, á las que las clases privilegiadas—que vieron en peligro sus derechos y sus tierras—, querían descalificar, llamándolas algaradas políticas. No, no eran políticas, sino sociales, y estaban bien vistas y secundadas, cuando la reintegración de las tierras entraba en sus propósitos.

México estaba siendo tributario del déspota te-

rrateniente; pero Europa, mal informada, inclinábase á creer que las revueltas eran de carácter político.

Se ha dicho que la agricultura en México estaba desatendida en los primeros tiempos; porque no ofrecía el cebo estimulante de los metales preciosos. Nada más incierto: con el oro, en barras ó en monedas, y otros objetos de platería, cuyo valor era de muchos millones de pesos, sólo el puerto de Veracruz exportaba la cochinilla, el azúcar, las harinas, las legumbres secas, la zarzaparrilla, la jalapa, el palo de Campeche, la pimienta de Tabasco, el añil, el jabón, la vainilla, carnes saladas, pieles curtidas, etc., etc., por más de cinco millones de pesos, en años normales, sin contar los géneros y productos que importaba la Real Hacienda.

Las extracciones mineras no sólo no eran obstáculo para el desenvolvimiento de la agricultura, sino que cooperaban eficazísimamente á su desarrollo; porque las minas se hallaban muchas veces en lugares apartados, no poblados aun, donde era completa la carestía de víveres y escasa el agua. ¿No hubieran fracasado aquellas empresas, si tras de los mineros no hubiesen ido los agricultores, transformando en productivos muchos terrenos que eran áridos?

No se puede negar que la agricultura constituía en México un manantial enorme de riqueza; así como tampoco se puede negar que esta riqueza hubiera sido mayor, si no se estancara en manos de

contados poseedores, porque dificultaban su desenvolvimiento.

Pero entonces había tierras, y el mal no era tan manifiesto, ni tan inminente. Que al fundar las poblaciones se hacía un reparto á los naturales.

La gran extensión de México y su especial constitución geológica, permitían el cultivo de toda especie de vegetales, así como la ganadería y la crianza de toda especie de animales.

Los indios contribuían cada año con su contingente de trabajo; y de los productos, cuya administración estaba á cargo de los corregidores, se dedicaba parte al pago del tributo y parte al fondo de la comunidad, cuyos beneficios eran para los indios, en situaciones apuradas: igual se hacía con los productos de las salinas.

Después...

Muchas vejaciones sufrieron los indios, y más los que cultivaban tierras que trabajaron sus mayores; porque nadie ignora que la agricultura es uno de los lazos que más fuertemente atan al hombre á la tierra; los que habitaban las zonas del Norte, que eran las menos productivas, huyeron del conquistador, por faltarles ese apego al terreno, que les hacía ser de otra muy distinta condición: cazadores y vagabundos.

Porfirio Díaz despojó á los pueblos de los ejidos que les pertenecían desde la colonización; sobre todo en el Estado de Morelos, y regaló ó vendió á sus favoritos y á extranjeros haciendas de cen-

tenares de leguas cuadradas que, en manos de un solo propietario, desequilibraron la propiedad. Esta desproporción trajo el monopolio, la escasez de artículos indispensables para el consumo, el alza en los precios y el lucro de los hacendados.

Porfirio renovó el feudalismo, despojando de sus tierras á los propietarios legítimos, á los que obligaba á trabajarlas en provecho de él y de los suyos.

Porfirio abusó; Porfirio hizo más daño á México que los desafueros de los españoles; con Porfirio no había más que los dos extremos: ó hacerse rico, fuera como fuese, ó sucumbir en la esclavitud.

Mas ya hemos dicho que Porfirio Díaz fué un mal necesario, porque gracias á él reaccionó México.

El indio sabe que la tierra le pertenece por derecho natural, y porque la trabaja; quiere volver á su antiguo colectivismo agrario; recobrar su personalidad, su hogar, sus tierras.

La Revolución Constitucionalista incorporó á su programa la reintegración de las tierras, y es seguro que la logrará, pese á las grandes y numerosas dificultades que se le opondrán. El régimen antiguo, el de los intereses creados, el de provecho á los privilegiados, murió. El pueblo no depondrá las armas mientras no se le devuelvan los terrenos robados.

El pueblo confía en Carranza, quien, según sus palabras, no descansará en la lucha hasta conse-

guir la soberanía de la ley; para lo cual es preciso satisfacer las necesidades que en el orden económico y social reclama el pueblo, llevando á la práctica, sin pérdida de tiempo y sin trabas legislativas, las reformas que en esos órdenes deben implantarse revolucionariamente.

El pueblo sabe que los constitucionalistas quieren rehacer las fuerzas nacionales, instruir á los ciudadanos, encaminar sus energías á la producción de la riqueza de su fértil y rico suelo, proporcionándoles una manera decorosa de vivir; restablecer la Constitución, reformada según las necesidades y aspiraciones del país.

*
**

El problema agrario es viejo en la Historia, y el de México una repetición.

Al caer la monarquía romana surgió la república, reemplazando los Cónsules á los Reyes. Pero los Cónsules eran elegidos entre los patricios, cuya clase adquirió la preponderancia y el prestigio de los Reyes como herencia.

Los plebeyos, que habían contribuído igualmente que los patricios al establecimiento de la república, no tuvieron participación en las funciones del Estado.

La clase patricia, única poseedora de la fortuna y de las tierras conquistadas, reservóse los cargos públicos, y la república fué aristocrática.

Esto dió origen á que la plebe romana, privada de toda intervenció, relegada y postergada, sin derecho para enlazarse con las familias patricias, agobiada por las deudas y reducida á la miseria por las exacciones de los patricios, pidiera que se remediara en algo su condición.

Las crueldades siguieron en aumento: estalló la cólera de los plebeyos, y... se retiraron de Roma.

Esta ausencia puso á Roma en grave situación: los campos quedaron sin cultivo...

Cuando, á instancias de los patricios, volvieron á Roma los fugitivos, volvieron con algunos derechos; pero la clase privilegiada siguió haciendo lo posible para evitar el encumbramiento de los plebeyos.

El *ager publicus* se había aumentado considerablemente durante la época de los Reyes con las conquistas de los pueblos vencidos, y era del dominio del Estado. Eran las tierras de aprovechamiento común; pero el Senado las arrendó á los patricios por un pequeño cánón—que pronto dejaron de pagar—, y al fin se convirtieron en los únicos propietarios de lo que á todos pertenecía.

Los pobres vieron aumentada su miseria, sin tener dónde apacentar sus ganados.

Un cónsul, Spúrio Casio, propuso como remedio la distribución de una parte del *ager publicus* entre los pobres, y que los nobles pagasen el cánón que se les había fijado.

Pero la ley quedó sin cumplimiento, porque lastimaba los intereses de los patricios.

Los odios se enconaron más entre las dos clases, y las calles de Roma se vieron ensangrentadas.

Pasan los años; con ellos van desapareciendo los pequeños colonos, los propietarios pequeños, y los esclavos—cuyo número aumentó con los prisioneros de las guerras y con los plebeyos, que por detenciones de los patricios, cayeron en tan miserable estado—son los que desempeñan las faenas agrícolas en provecho del terrateniente poderoso.

El trato que recibían de sus señores, no podía ser más inhumano, y la paciencia tuvo que agotarse, como se agotó. ¡Mal lo pasaron los amos!...

En estas circunstancias, Tiberio Graco, primogénito de Cornelia, que había visto en sus campañas la ruina de la agricultura—¡también anduvo por España!—, propuso el restablecimiento de la *ley agraria*, distribuyendo las tierras entre los pobres, dejando á cada ciudadano sus buenas yugadas de tierra, además de su patrimonio, y otras á cada uno de sus hijos. Esta era, á su juicio, la mejor manera de reparar los males de la patria.

La propiedad ya hemos dicho que pertenecía al Estado; pero los nobles, que se habían apoderado de ella, se negaron enérgicamente á las moderadas pretensiones de la ley.

Indignése Tiberio; propuso la reintegración de las tierras al Estado; buscó la ayuda del pueblo, se votó la ley y se nombró una Comisión para hacerla cumplir...

¡Tiberio pereció á manos de los nobles!

Entonces, su hermano Cayo se presenta en Roma y el primer acto de su magistratura, como tribuno, es poner en vigor la ley agraria.

Fué popularísimo y querido, sin que la nobleza se atreviera con él: promulgó leyes á favor de los pobres, tales como la venta del trigo á bajo precio, la construcción y reparación de caminos, el aumento del impuesto sobre los objetos de lujo, etc., etc. Pero la nobleza, que acechaba la ocasión para desprestigiarle, se sirvió de otro tribuno para minar el crédito bien ganado de Cayo Graco: presentó el otro leyes más favorables al pueblo, y á Cayo se le envió á Cartago. Mientras tanto, otro propone la anulación de todas las reformas de Cayo: vuelve éste á Roma; el pueblo le rechaza; quiere oponerse á las injusticias del Senado, y, como su hermano Tiberio, perece á manos de los aristócratas.

Sin embargo, las reformas de los Gracos—en cuanto tenían de justas y de necesarias—sobrevivieron á sus autores, sin que bastasen los esfuerzos de la reacción para anularlas.

Todos los acontecimientos políticos que vienen luego, puede decirse que tienen su fundamento en las leyes de los Gracos.

La revolución de los Gracos es el acontecimiento más importante de la época de la república romana, en lo que en sí significa y en sus consecuencias: su objetivo no podía ser más noble ni más justo: sacar al pueblo de su miseria, sin que siguiera sien-

do víctima de la tiranía y de la avaricia de los patricios.

*
*
*

Carranza es el Graco de México.

Muchos personajes mexicanos, honrados é imparciales, habían comprendido el mal, antes que Carranza; pero les faltó valor, les faltó la fe ó les faltó el patriotismo para corregirlo.

Lo mismo que sucedió en Roma: pero los Gracos, más atrevidos y más patriotas, acometieron la empresa difícil de acabar con la tiranía y la avaricia de la clase patricia, sin temor á las complicaciones que pudiesen sobrevenir, sin esperanza de lucro.

Carranza también, sin esperanza de medro personal, llevado de las más puras y rectas intenciones; movido exclusivamente por el bien del pueblo y por la salud de la República, quiere sacar al pueblo de la miseria en que le dejaron la tiranía y la avaricia. Como en la revolución de los Gracos, en la revolución que provocó Carranza, uno de los objetivos es la reintegración de las tierras al Estado.

Las hazañas de Carranza y su valor, le dan, á través de los siglos, una consanguinidad con los Gracos, que no cabe negar.

Sempronio y Cornelia, progenitores de Tiberio y Cayo, le tendrían por hijo ilustre, y acaso, en las

inmarcesibles regiones donde habiten los redentores, los mártires de la ciencia y los que tuvieron por escudo la virtud, le aguarden para honrarle la frente con hojas de laurel; como la sabiduría romana premiaba la virtud y el valor.

*
**

Ya no será el terreno mexicano para el capitán, para el soldado, para el clérigo, para el especulador, que obligaban al pobre indio á quedar á su servicio y al cultivo de la tierra.

Ya para siempre, gracias á Carranza, desapareció de México el feudalismo que despojaba al indio de lo que le pertenecía, haciéndole esclavo en su propia casa, castigándole y aprovechándose del fruto de su trabajo.

Ya no será México tributario del déspota terrateniente.

¿Por qué no se hace aquí lo mismo...?

¡Triste cosa es que la madre tenga que necesitar consejos de una hija!

¡Aquí hace falta un Carranza!

SUMARIO

Principal objeto de este libro.—Lo que México debe á su salvador.—Juventud de Carranza.—Qué le arrancó de su vida de campo.—Estado actual de España.—Idéntica situación atravesaba México.—El por qué de la dedicatoria que el autor ha puesto al libro.

¡AQUI HACE FALTA UN CARRANZA!

Matan los médicos y viven de matar, y la queja cae sobre la dolencia.

Arruinan á sus monarcas los consejeros malos, y culpan á la fortuna; y los unos y los otros son homicidas pagados.

Quevedo.

El que dijo de este libro que era algo así como un basamento granítico, sobre el que se alza ingente la figura bien estudiada y bien cincelada de Carranza, hasta elevarse y perderse en los cielos destinados á los grandes redentores de la Humanidad, quiso, sin duda, honrarme y favorecerme.

Yo le agradezco su buen deseo, aunque reconozco lo exagerado de tan halagador dictamen. Porque, claro está que yo hubiera deseado dar á Carranza toda la grandeza, toda la majestad de un héroe de epopeya; pero mido mis fuerzas y las encuentro muy pequeñas para tan alta empresa.

Sin embargo, como la voluntad puede mucho, en otros trabajos que preparo, trataré, *Deo volente*, de completar la labor aquí iniciada.

El principal objeto de este libro, es dar á Carranza—á quien desde aquí veíamos desdibujado ó abocetado—todo el relieve político que tiene; ha-

cerle adorado de todo el mundo y especialmente de los españoles.

¡Carranza!

¿Qué hubiera sido de México sin la oportuna, sin la providencial aparición de este hombre, al que la Historia le reserva un puesto de preferencia?

Víctima de tantos y tan poderosos enemigos, que como elementos patógenos iban minando á México, su destrucción era inevitable; su descomposición, prevista. Pero, gracias á Carranza, México tiene trazado el derrotero que debe seguir para alcanzar una perfecta y envidiable nacionalidad.

Grandes y merecidos son los títulos de heroico caudillo y de revolucionario apóstol con que todos le saludamos.

Que él era el hombre idóneo, el hombre escogido, nadie puede negar, y menos el que haya estudiado su actuación en la Presidencia desde Mayo del año próximo pasado.

La juventud de Carranza transcurre en el campo; su vida fué sencilla, tranquila, como la de quien simultanea el cultivo de sus tierras con los estudios de economía y de historia, que son los de su predilección.

A él parecen dedicadas estas palabras, que trazó la pluma de oro de Mariano de Cavia:

«Este doble contacto con la Madre Tierra y con los frutos del ingenio humano, cuando se da en un espíritu fuerte y claro, no puede menos de formar el embrión de un gran carácter.»

Su espíritu estaba ya formado cuando intervino en la política, y nos consta que sólo el amor á la patria, á la que vió oprimida y al borde del precipicio, le arrancaron de aquella sosegada vida, á la que quiere volver una vez cumplida la sagrada misión que el Destino colocó en sus manos, y morir tranquilo, con la satisfacción del hombre justo que supo cumplir con su deber.

*
* *

Porque quiero, porque amo á mi patria—á la que he cantado en todos los tonos, metros y formas, en mis humildes, pero numerosos trabajos—, reconozco y confiese que aquí, y como aquí en otros países, cuya ruina se debe á la incapacidad, á la desidia y á la codicia de los gobernantes, hace falta un hombre sano, inteligente y patriota, como Carranza.

Sí; confesémoslo, aunque nos duela.

La vida del pueblo español se está haciendo más intolerable cada día; y los que tienen en sus manos el timón de la nave, los encargados de dirigirla á puerto seguro, que en este caso es una política sana y de renovación, no hacen sino destrozarla contra las rocas de la ambiciosa plutocracia.

El pueblo español ha perdido la fe en sus directores; no espera la política económica á que principalmente deben atender aquéllos, cuyos ojos—como si densa cerrazón dificultase la visión de la realidad—no ven los dolores del pueblo; ni otros órga-

nos, que deben tenerlos atrofiados, recogen los alaridos del enfermo, que pide con urgencia el redentor auxilio del galeno.

La misión de los gobernantes españoles parece ser la de oprimir al pueblo, cuyos derechos no se quieren reconocer; favoreciendo, por ley de contrapeso, al capitalismo poderoso.

Pero el pueblo español no es cobarde, ni lo ha sido jamás; nadie puede colgarle ese infamante apelativo. Y no deben confundirse con la abyección su resignación y su esperanza, propias de su especial temperamento.

El miedo está en los directores, en los pilotos; miedo que se manifiesta en la tiranía del silencio que quieren imponernos, en la dictadura de la opresión.

¿Qué otra cosa son la censura impuesta á la Prensa, cada dos por tres; la supresión de las garantías constitucionales; los aislamientos de la capital de la nación con las provincias, la no autorización de reuniones—como las de periodistas y de médicos—para resolver cuanto afecta á sus organizaciones; las persecuciones, las injusticias, los escarnios, las promesas incumplidas?...

*
**

Idéntica situación atravesaba un pueblo hermano; mejor dicho, un pueblo hijo del nuestro: México.

Las arbitrariedades, las injusticias de los dictadores, ahogaron toda señal de vida; la descomposición, la muerte del pueblo se consideraba irremediable y próxima.

Pero en el instante crítico, cuando la soberanía nacional estuvo á punto de perderse, un hombre en cuya vida no hay los relieves, las turbulencias de los mastines, de los chacales, de los buitres, cuya ambición desmedida y cuya pequeñez de alma provocaron el malestar del pueblo, el quebranto de la vida, el desprestigio de la República; un hombre sano y vigoroso, un verdadero patriota, concluye en poco tiempo con todas las dictaduras; reconstituye la unión de los Estados, envueltos en la más espantosa anarquía; aniquila á los cabecillas y bandoleros; da la paz á su pueblo, y con la paz la plena conciencia de sus libertades.

*
* *

España, la creadora de tántas nacionalidades, fué envidiada; pero no tenía por qué ser envidiosa, y no lo fué.

¿Cómo mirará hoy los ejemplos de sus hijas, especialmente de México?

Emigra el pueblo. ¿Qué otra solución le queda, si no quiere morirse de hambre?

Sin embargo, España, que es más republicana que monárquica, ama á su monarca—al que demuestra constantemente su sincera devoción—,

porque sabe que se desvela por el florecimiento del país; porque conoce sus virtudes y su talento.

Pero los hombres incompetentes, los dictadores, que suplantán á cada momento las atribuciones de los poderes legislativo y judicial, no son los mejores consejeros.

Y con enemigos por consejeros, ningún monarca puede vivir, aunque el monarca sea el ejemplarísimo Alfonso XIII, el digno heredero de sus gloriosos antecesores; el que estimula, el que aconseja, el que trabaja sin descanso para estrechar la unión de la metrópoli y sus antiguas colonias.

INDICE

INDICE

Página.

- PAZ!**: México, hija predilecta de España. — Lo que quiere México. — Finalidad de la revolución constitucionalista. — La guerra europea. — El problema que resuelve México interesa á España..... 7
- ESPAÑA EN MÉXICO**: Gobierno de las colonias con las mismas condiciones establecidas para la metrópoli. — El Código de Yndias. — Envidias que suscitó España con el descubrimiento de América. — Lo que hicieron nuestros monarcas. — El protector de los indios. — El Consejo de Yndias. — El juicio de residencia. — España preparó á sus colonias para la emancipación. — Isabel la Católica. — Decadencia de España.. 15
- NECESIDAD DE LA REVOLUCIÓN**: En España se repite el caso de Roma. — Lucha de fanatismos. — Objeto y fin de la colonización. — La codicia sembró América de aventureros. — El Gobierno de la metrópoli hizo cuanto pudo en favor del indio, pero fué ineficaz para combatir los abusos. — El pueblo, vencido, fué reducido á la esclavitud. — La impunidad favorecida por las trabas de la distancia. — México en pos de su libertad. — Enemigos del bien común. — Santidad de la revolución..... 25
- LOS ETERNOS ENEMIGOS**: Origen de los males que padeció México. — Ley de vida de los pueblos. — México se renueva. — Dónde está el porvenir de la América lati-

- na. — Carranza llevará al pueblo á la victoria. — España mantuvo la dignidad nacional de Mexico. — Las *Instrucciones* de los virreyes. — Causas que originaron los primeros alzamientos. — Los encomenderos. — El militarismo. — Discordias entre autoridades. — Alzamiento en el Perú. — Conjuración de los hijos de Hernán Cortés. Gobernantes modelos. — Virreyes que murieron pobres. — Misión del clero. — Varones heroicos. — Indisciplina del clero. — Extralimitaciones debidas á la ambición del clero y á sus ingerencias en asuntos políticos. 37
- MÁS ENEMIGOS:** La Prensa. — Finalidad de la Prensa. — La Prensa mexicana, ¿no gozaba de sus fueros, por la coacción de los gobernantes? — Las mentiras de los aduladores. — ¿Cómo tratará hoy á Carranza la que antes le calumnió? — ¿Se pondrá, como siempre, al lado de los poderosos? — La Prensa española en la actualidad. — Necesaria renovación de la Prensa mexicana. Cuál debe ser el lema de la Prensa digna. — Los Estados Unidos del Norte. — ¿Vecindad peligrosa para México? — A todo hay quien gane. — Cómo empieza la servidumbre de los pueblos. — Yanquilandia nada tiene de común con la América latina. 57
- EL RÉGIMEN PORFIRIANO:** Agobiado el pueblo, tuvo fuerzas para alzarse contra el opresor. — Las clases privilegiadas se formaban como para escarnio del pueblo. El territorio nacional sólo pertenecía á México geográficamente. — La obra de Porfirio. — ¿Quién era Porfirio? — ¿La época porfiriana, fué realmente de paz y de florecimiento? — Violación de la Constitución. — La fuerza, suprema ley. — En qué se basará la paz. Carranza después del triunfo. — Porfirio Díaz fué necesario á la redención de Mexico. 77
- LOS MISMOS PERROS. . . :** Parentesco que no da la sangre.

	<u>Página.</u>
Porfirio Díaz y Huerta.—El general González.—Pancho Villa.—Zapata.—¿Existieron realmente esos monstruos?—Carranza, el ángel exterminador	91
EL PROBLEMA AGRARIO: Madre é hija.—México reconquista sus libertades.—El suelo que habitaba el indio, le fué arrebatado por la conquista.—Los encomendados desobedecen á Carlos V.—La condición del pobre se agrava durante la tiranía de Porfirio Díaz.—La agricultura en México.—Lo que exportaba la metrópoli.—Reintegración de las tierras al Estado.—El problema agrario en la historia.—El de México es una repetición del de Roma.—Carranza, el Graco de México.	99
¡AQUÍ HACE FALTA UN CARRANZA!: Principal objeto de este libro.—Lo que México debe á su salvador.—Juventud de Carranza.—Qué le arrancó de su vida de campo.—Estado actual de España.—Idéntica situación atravesaba México.—El por qué de la dedicatoria que el autor ha puesto á este libro.	115



DEL MISMO AUTOR

EL SECRETO DE BELMONTE	2 pesetas. (Agotada)
EL CHIQUITO ES GRANDE	» » »
MÉXICO RECONQUISTA SUS LI- BERTADES	3,50 »

EN PRENSA

LOS OJOS DEL TORO.
TOREROS DE NUEVA ESPAÑA.

EN PREPARACION

LA MALA ESTRELLA.
AMOR, FELICIDAD, SALUD, DINERO.
LOS BUENOS AFICIONADOS.
TOREROS VASCOS.
LO DE TODO ESPAÑOL.

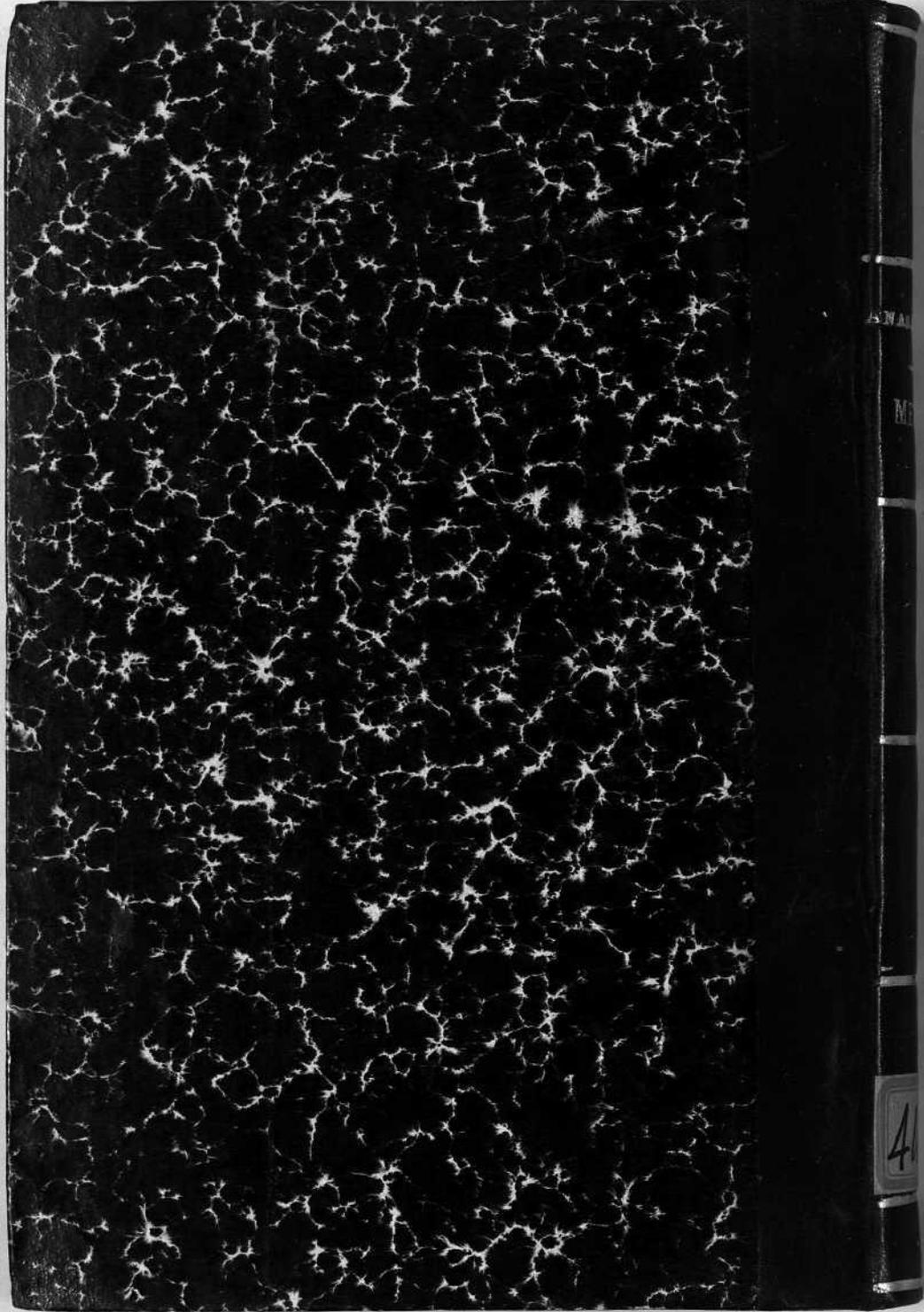


MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>4022</u>	Precio de la obra
Estante . <u>69</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>3</u>	Valoración actual.
Número de tomos.		



NEW

M

4

NASAGAST

MEXICO

4022